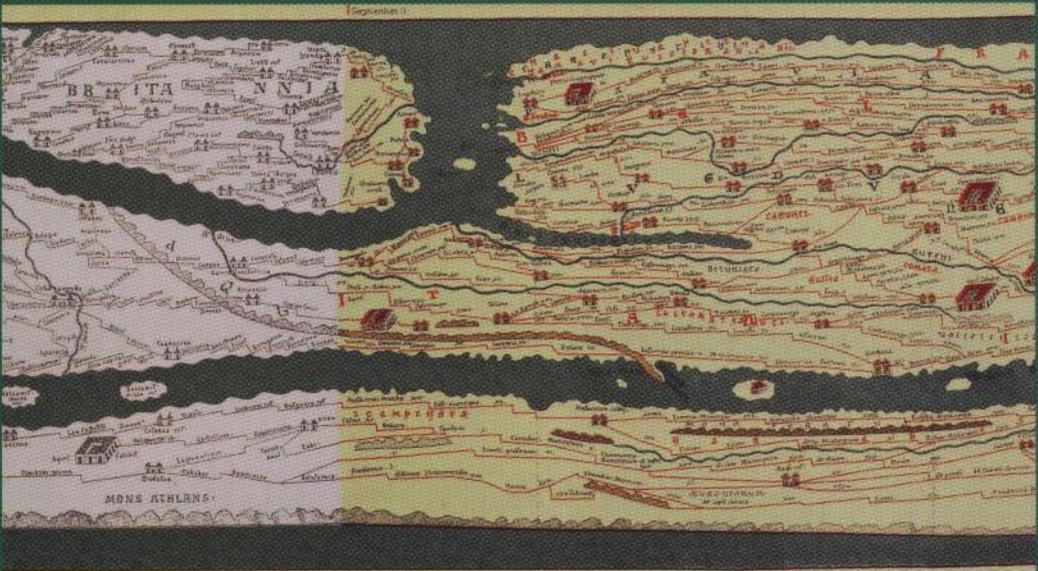


UNIVERSIDAD DE MURCIA
ÁREA DE HISTORIA ANTIGUA

ANTIGÜEDAD Y CRISTIANISMO

MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS SOBRE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

XXVII



Antonio Ignacio Molina Marín

**GEOGRAPHICA: CIENCIA DEL
ESPACIO Y TRADICIÓN NARRATIVA
DE HOMERO A COSMAS
INDICOPLEUSTES**

2010

UNIVERSIDAD DE MURCIA
ÁREA DE HISTORIA ANTIGUA

ANTIGÜEDAD Y CRISTIANISMO

MONOGRAFÍAS HISTÓRICAS SOBRE LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

Serie dirigida por el Dr. D. Rafael González Fernández

XXVII

Antonio Ignacio Molina Marín

**GEOGRAPHICA: CIENCIA DEL ESPACIO
Y TRADICIÓN NARRATIVA DE HOMERO A
COSMAS INDICOPLEUSTES**

2010 (Ed. 2011)

REVISTA ANTIGÜEDAD Y CRISTIANISMO

Nº 27

AÑO 2010

La revista *Antigüedad y Cristianismo* es una revista científica, internacionalmente respetada, especializada en la Antigüedad Tardía y publicada anualmente por la Universidad de Murcia. Fundada en 1984 por el catedrático Antonino González Blanco, a lo largo de sus años de existencia ha evitado los trabajos de síntesis o meramente descriptivos y ha acogido una amplia diversidad de monografías, artículos, noticias y contribuciones siempre originales en todos los campos de la Tardoantigüedad (cultura material, fuentes literarias, mentalidad, historiografía, repertorio de novedades y crítica de libros). Esta dimensión de amplio espectro no implica, llegado el caso, una desatención de las investigaciones en zonas geográficas concretas abordando aspectos históricos en su manifestación regional, con la misma exigencia de hacer aportaciones en temas originales y no reelaboraciones o síntesis. Esta revista está abierta a todos los planteamientos y orientaciones metodológicas que superen el estricto examen del consejo de redacción, pero a la vez se puede plantear un tema central de discusión o incluso monografías que sirva de marco conceptual y temático a los originales. El rasgo distintivo de la línea editorial de esta revista es su búsqueda de aportaciones originales, claras, de carácter inédito, que vayan a hacer una aportación nueva, profesional y metodológicamente solvente, que sea significativa en el ámbito de los estudios de la Tardoantigüedad. La veracidad y honestidad son las señas de identidad más apreciadas para la revista *Antigüedad y Cristianismo*.

Departamento de Prehistoria, Arqueología, Historia Antigua, Historia Medieval y CC.TT.HH.

Área de Historia Antigua

Universidad de Murcia

DIRECTOR: Rafael González Fernández (Universidad de Murcia)

SECRETARIO: José Antonio Molina Gómez (Universidad de Murcia)

CONSEJO DE REDACCIÓN: María Victoria Escribano Paño (Universidad de Zaragoza), Santiago Fernández Ardanaz (Universidad Miguel Hernández, Elche), Antonino González Blanco (Universidad de Murcia), Sonia Gutiérrez Lloret (Universidad de Alicante), Jorge López Quiroga (Universidad Autónoma de Madrid), Gonzalo Matilla Séiquer (Universidad de Murcia), Artemio M. Martínez Tejera (Institut de Recerca Històrica, Universitat de Girona), Margarita Vallejo Girvés (Universidad de Alcalá), Isabel Velázquez Soriano (Universidad Complutense), Gisela Ripoll López (Universidad de Barcelona).

COMITÉ CIENTÍFICO:

Juan Manuel Abascal Palazón (Universidad de Alicante), Alejandro Andrés Bancalari Molina, (Universidad de Concepción, Chile), Pedro Barceló (Universität Potsdam), Francisco Javier Fernández Nieto (Universidad de Valencia), Juan José Ferrer Maestro (Universidad Jaime I), Pietro Militello (Universidad de Catania), José Carlos Miralles Maldonado (Universidad de Murcia), Iwona Mtrzwesky-Pianetti (Universidad de Varsovia), Juan Carlos Olivares Pedreño (Universidad de Alicante), Isabel Rodá de Llanza (Instituto Catalán de Arqueología Clásica), Klaus Rosen (Universität Bonn), Sabine Schrek (Universität Bonn), Juan Pablo Vita Barra (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Zaragoza).

La correspondencia de carácter científico habrá de dirigirse al Secretario de la revista (Facultad de Letras, Campus de la Merced, 30001, Murcia). Los pedidos e intercambios, al Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, c/ Actor Isidoro Máiquez, 9, 30007, Murcia.

Correo electrónico de la revista: antiguedadycristianismo@um.es

URL: <http://www.um.es/antiguedadycristianismo>

Portada: *Tabula Peutingeriana* (Österreichische Nationalbibliothek)

ISSN: 0214-7165

Depósito Legal: MU 416-1988

Fotocomposición e impresión: COMPOBELL, S.L. Murcia

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	13
PREFACIO	15
INTRODUCCIÓN	17
Geografía y literatura	18
Geografía e historia	22
Imperialismo y geografía	25
Geografía, religión y mitología.....	26
Geografía y medio.....	28
Espacio y <i>oikoumene</i>	29
Geografía y astronomía.....	30
Geografía y filosofía.....	31
Tradición y ciencia.....	32
¿Tradición dinámica o inmovilista?.....	39

I. ÉPOCA ARCAICA

1. LA GEOGRAFÍA EN LA ÉPOCA HEROICA: LA PRIMERA TRADICIÓN .	47
Homero.....	47
El Océano.....	55
Hesíodo.....	58
Conclusión.....	60
2. LAS COLONIZACIONES: LA PRIMERA EXPANSIÓN	63
Las colonizaciones	63
Conclusión.....	73

3. JONIOS A LA SOMBRA DEL GRAN REY: IMPERIALISMO Y GEOGRAFÍA	75
Los griegos y el Imperio Persa.....	76
Anaximandro.....	80
Hecateo.....	83
Escílax.....	86
Ctesias.....	88
Conclusión.....	89

II. ÉPOCA CLÁSICA

4. LA GEOGRAFÍA Y ETNOGRAFÍA EN ÉPOCA CLÁSICA: EL DESCUBRIMIENTO DE LA ALTERIDAD	93
Alteridad y relativismo en el teatro.....	96
Alteridad y relativismo en la historiografía.....	99
Heródoto.....	99
Tucídides.....	102
Jenofonte.....	104
Éforo.....	106
Filosofía y alteridad.....	108
Escuelas Socrática y Platónica.....	108
La escuela del Liceo: Aristóteles.....	111
Teofrasto.....	118
Dicearco.....	120
Conclusión.....	122
5. GEÓGRAFOS Y GEOGRAFÍA EN EL IMPERIALISMO MACEDONIO: AUTOPSIA VS TRADICIÓN	125
Alejandro geógrafo.....	126
Los geógrafos de Alejandro.....	132
Vegetación.....	137
Fauna.....	138
Orografía.....	140
Hidrografía: El mar Caspio y el problema del Tanais.....	141
Las fuentes del Nilo.....	143
Seísmos.....	144
Utopías.....	145
Los Gimnosofistas.....	147
La alteración del espacio.....	148
Conclusión.....	152

III. ÉPOCA HELENÍSTICA

6. LAS EXPLORACIONES EN ÉPOCA HELENÍSTICA: FIJANDO LOS CONFINES DEL MUNDO	157
Exploraciones alejandrinas.....	158

Exploraciones seléucidas	162
Exploraciones ptolemaicas.....	165
El viaje de Píteas.....	166
Conclusión.....	171
7. LOS GRANDES GEÓGRAFOS HELENÍSTICOS: LA FIJACIÓN DE LA TRADICIÓN.....	173
El mundo helenístico	173
La ciencia en la época helenística	177
La geografía helenística	185
Aristarco de Samos	188
Eratóstenes	190
Hiparco	197
Crates de Malos	200
Agatárquides.....	202
Polibio	206
Periplo de Polibio.....	208
Artemidoro	209
Posidonio.....	211
Conclusión.....	220
IV. REPÚBLICA E IMPERIO ROMANO	
8. LA GEOGRAFÍA EN ÉPOCA ROMANA: ¿DESCONFIANDO DE LOS DONES DE LOS GRIEGOS?	225
Cartografía y geografía	225
Las calzadas y rutas romanas	231
Exploraciones romanas	234
Conclusión.....	237
9. IMPERIO Y CARTOGRAFÍA EN LA ÉPOCA IMPERIAL ROMANA: <i>ORBIS ROMANUM ET ORBIS TERRARUM</i>	241
El mapa de César	241
Isidoro Cárace	245
Ecumenismo.....	246
El mapa de Agripa	249
Conclusión.....	255
10. ESTRABÓN, POMPONIO MELA Y PLINIO: LAS ENCICLOPEDIAS DEL SABER	257
Estrabón.....	258
Obra.....	258
La geografía en Estrabón	260
Estrabón y el Imperio Romano.....	261
Geografía regional.....	264

Pomponio Mela.....	271
Plinio el Viejo.....	276
Conclusión.....	281
11. GEOGRAFÍA ETNOGRÁFICA E HISTÓRICA EN LOS HISTORIADORES DEL IMPERIO ROMANO.....	283
Germania (Julio César; Tácito).....	284
Galia (César; Amiano Marcelino).....	288
Britania (César, Tácito).....	289
Numidia (Salustio).....	293
Grecia (Pausanias).....	295
Palestina (F. Josefo).....	297
Egipto (Juba, Amiano Marcelino).....	298
Persia (Amiano Marcelino).....	299
India (Arriano).....	302
Sérica (Pausanias; Amiano Marcelino).....	303
Geografía en la novela.....	305
Conclusión.....	308
12. CLAUDIO PTOLOMEO: EL CANTO DEL CISNE DE LA CARTOGRAFÍA ANTIGUA.....	311
Marino de Tiro.....	311
Claudio Ptolomeo.....	312
Obra.....	313
Cartografía.....	319
Conclusión.....	320
13. LOS PERIPILOS Y RELATOS DE VIAJE EN ÉPOCA IMPERIAL ROMANA.....	323
Menipo de Pérgamo.....	324
Estadiasmo.....	325
Alejandro de Mindos.....	325
Filemón.....	325
El Periplo del mar Eritreo.....	326
Dionisio de Bizancio.....	327
Dionisio el Periegeta.....	327
Flavio Arriano.....	329
Marciano de Heraclea.....	330
Rutilio Namaciano.....	331
Avieno.....	332
Periplo del Ponto Euxino.....	334
Conclusión.....	334
14. ITINERARIOS ROMANOS: LA TABULA PEUTINGERIANA.....	337
El itinerario de Antonino.....	338
La <i>Tabula Peutingeriana</i>	338

Conclusión.....	342
-----------------	-----

V. TARDOANTIGÜEDAD

15. EL ESTADO DE LA CIENCIA EN EL SIGLO IV: PÉRDIDA DE VIGOR DE LA RAZÓN.....	345
Cristianismo y paganismo antes de la Paz de la Iglesia	346
Las aportaciones de la nueva cultura a la ciencia geográfica	353
El devenir de la ciencia tras el Edicto de Milán: La redefinición de los valores.....	360
Conclusión.....	366
16. COSMOGRAFÍAS PAGANAS Y CRISTIANAS EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA.....	371
Macrobio	371
Julio Honorio.....	373
Pseudo-Ético.....	374
<i>Expositio/Descriptio Totius Mundi</i>	374
Anónimo de Rávena.....	375
Conclusión.....	376
17. LA GEOGRAFÍA EN LA HISTORIOGRAFÍA CRISTIANA: EL INICIO DE LA SEPARACIÓN ENTRE GEOGRAFÍA E HISTORIA	379
Solino	379
Eusebio de Cesarea	381
Orosio	382
Jordanes.....	385
Isidoro.....	387
Beda.....	394
Conclusión.....	396
18. RELATOS DE VIAJES Y PEREGRINACIÓN EN LA ANTIGÜEDAD TARDÍA: LA DECADENCIA DE LA AUTOPSIA	399
<i>Peregrinatio</i>	399
<i>Itinerarium Burdigalensis</i>	401
El viaje de Egeria.....	403
Las cartas de Jerónimo.....	406
Juan Crisóstomo	406
Eremitas y estilitas	407
Conclusión.....	408
19. LA GEOGRAFÍA BIZANTINA: COSMAS INDICOPLEUSTES	409
Mosaico de Nicópolis	410
El mapa de Madaba	411
Cosmas Indicopleustes.....	412

20. COLOFÓN: LA GEOGRAFÍA DESPUÉS DE COSMAS	423
I. La ciencia en las escuelas bizantinas.....	423
II. La ciencia eclesial.....	426
III. La ciencia árabe.....	430
IV. Un nuevo mundo, una nueva geografía.....	433
Conclusión.....	439
21. SINTESIS EPISTEMOLÓGICA Y REFLEXIONES FINALES	441
Los universales de la geografía grecorromana.....	441
Geografía y tradición.....	446
LISTADO DE ILUSTRACIONES.....	457
ÍNDICES.....	459
BIBLIOGRAFÍA.....	481
ABSTRACT.....	519

LOS FORJADORES DE LA HISTORIA TARDOANTIGUA

Antonino González Blanco	
<i>Emil Hübner y la historia de los siglos que hoy agrupamos bajo el marbete «Antigüedad Tardía»</i>	529

RECENSIONES

<i>El oficio de historiador</i>	541
<i>La Seu d'Egar</i>	545

INTRODUCCIÓN

*«El lugar es el comienzo de nuestra existencia, como un padre»
(BACON, R., *Opus maius* I 1.5).*

En un cuento indio puede leerse la historia de cómo cuatro ciegos intentaron conocer un elefante tocando solamente una zona de su cuerpo. Después de tocar una única parte del animal, cada uno de los sabios invidentes dio una descripción diametralmente opuesta sobre la naturaleza del elefante. El error no residía únicamente en tocar una sola parte del paquidermo, sino en que probablemente nunca habían visto ninguno antes de perder la visión. Por lo que todo intento de describirlo era tan vano y ciego como los propios protagonistas del cuento.

Esta historia nos sirve para introducir una de las problemáticas a las que se enfrentó la geografía en la antigüedad: ¿Cómo se puede conocer la totalidad a partir de una de sus partes? ¿Cómo puede ser descrito aquello que el ojo no puede abarcar en su totalidad? En el mundo antiguo cuando un hombre que nunca había visto la inmensidad de la tierra intentaba comprender su forma y su naturaleza debía de rellenar los huecos existentes en su conocimiento mediante el empleo de su realidad inmediata, es decir, la que se siente, se ve y se padece. La realidad requiere ser interpretada ante la existencia del devenir temporal y para ello el hombre emplea aquello que en apariencia no cambia, o al menos lo hace muy lentamente: el espacio. Pero el espacio que se emplea como modelo de estudio es siempre el espacio inmediato. El mundo no conocido debía de ser diametralmente opuesto o bien asemejarse al que conocemos, al igual que los pueblos que viven en las llanuras imaginan que sus dioses habitan en ellas, y los beduinos que su paraíso se asemeja a los oasis de los desiertos.

La visión global del mundo se conformaba a tenor de varias premisas básicas establecidas por la realidad cotidiana. La imagen del horizonte desde un lugar elevado se asemeja a un rectángulo, a partir de la cual se puede hablar de las cuatro regiones del mundo, que coinciden con los puntos cardinales. Observando el movimiento circular del astro rey y la forma de la luna y de las estrellas se concluirá que la tierra es circular o esférica. Al meditar sobre el tamaño del mundo sólo pueden plantearse dos posibilidades, que éste fuese infinito o que tuviese límites. Sin embargo, no existen realidades infinitas en la naturaleza y sí las finitas. Además, el hombre está

acostumbrado a establecer fronteras entre sus semejantes y su entorno. La frontera construye al mismo tiempo el sentimiento de unidad y el de alteridad. Si la existencia del hombre presenta fronteras entre los de su especie y la naturaleza, el mundo también debe tenerlas, pero diferentes a las humanas. Por lo que los límites de la tierra, *peirata*, no son sólo los límites espaciales del mundo, también lo son mentales y sociales, porque más allá de ellos no hay nada humano¹. En suma, el espacio desconocido, la *terra incognita*, se construye por la experiencia o por la negación o exageración de la misma.

Esta fuerte interconexión entre el espacio con las formas de pensamiento, el tiempo y el hombre convierten a la geografía en un animal poliédrico e inclasificable, mucho más grande y complejo que el animal del cuento indio, pues nos resulta imposible tener una experiencia empírica total con nuestra vista.

En cualquier caso, la geografía no puede ser entendida meramente como descripción de la tierra². No hay otra disciplina intelectual que presente tantas facetas como la geografía, porque ella interactúa con el hombre y el hombre sobre ella. Pero en la antigüedad, cuando no existía una separación tajante entre las distintas ciencias, esa versatilidad aumentaba de forma exponencial. Ciencia, literatura, religión, historia, mitología y antropología están ligadas a la geografía antigua. Como afirma Prontera «*con el concepto de «geografía antigua» se hace referencia a un amplio conjunto de investigaciones y estudios que van desde la astronomía a la geodesia y la cartografía, desde la geografía física a la etnografía, desde las exploraciones y los cuentos de viaje a la geografía descriptiva, sin enumerar otros campos de interés a los que podemos dar alguna de las etiquetas que constituyen la nomenclatura de la clasificación actual del saber*»³. La geografía es, por lo tanto, un gran árbol con muchas ramas⁴ y múltiples nombres⁵, que sirve para definir el espacio y la relación que el hombre tiene con éste. Estudiar la naturaleza de la geografía antigua, o lo que casi viene a ser la geografía grecorromana, no es factible sin tener en cuenta su carácter polimórfico y multidisciplinar, una circunstancia que la convierte en una criatura mucho más vasta y difícil de conocer que un elefante.

GEOGRAFÍA Y LITERATURA

En los últimos años se ha discutido muy intensamente la naturaleza de la geografía en el mundo antiguo. Autores como Prontera⁶, Nicolet⁷ y Romm⁸ han defendido que tuvo un eminente carácter literario, es decir, que nunca existió una clara distinción entre ambas disciplinas, lite-

1 BERGREN, A. L. T., *The etymology and usage of PEIRAR in early greek poetry*, American Philological Association, Nueva York 1975, p. 22-23; p. 102-115; ONIANS, R. B., *The Origins of European Thought*, Cambridge 1951, p. 310-313; CARDETE DEL OLMO, M^a. C., «La frontera como elemento de construcción ideológica», en *La construcción ideológica de la ciudadanía*, Madrid 2006, p. 188-189.

2 Cf. CLAVAL, P., «Qu'est-Ce Que la Géographie?», *GJ* 133 (1) 1967, p. 33-39; JACOB, Ch., «Geografía», en *Diccionario Akal del saber griego*, Madrid, Akal 2000, p. 260, la palabra geografía sugiere una familiaridad tal vez engañosa.

3 PRONTERA, Fr., *Geografia e geografi nel mondo antico*, Bari 1983, p. X.

4 RIHLL, T. E., *Greek science*, Oxford 1999, p. 82.

5 En la antigüedad no hubo una única denominación para la disciplina: περιήγησις, γῆς περίοδος, βαρβαρικά νόμια, ἱστορίας ἀπόδεξις, ὑπομνήματα γεωγραφικά.

6 PRONTERA, Fr., «Prima di Strabone: Materiali per uno studio della geografia antica come genere letterario», en *Strabone: Contributi allo studio della personalità e dell'opera I*, Perugia 1984, p. 187-256.

7 NICOLET, Cl., *Space, Geography and politics in the early roman empire*, Michigan 1991, p. 66.

8 ROMM, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton 1992, p. 3.

ratura y geografía⁹. Suele ponerse como prueba un pasaje de las *Cartas a Ático* de Cicerón, en el que este último, en una carta datada en el 59 a.C., revela su deseo de escribir un tratado de geografía: «Respecto a la Geografía, procuraré satisfacerte, pero no te prometo nada seguro. Es un gran trabajo, pero aún así intentaré, siguiendo tus mandatos, que salga para ti algún trabajo de este viaje» (II 4.3).

Pocos días después, el célebre orador y literato romano le comunica a Ático que abandona la tarea ante la enorme dificultad de la misma, y a que la temática ofrece pocas posibilidades de embellecimiento literario: «La verdad es que la Geografía que había emprendido es una obra inmensa; de hecho, Eratóstenes, al cual tomé como modelo, es ampliamente criticado por Serapión¹⁰ y por Hiparco. ¿Qué piensas que pasará cuando haya que añadir a Tiranión¹¹? Además, por Hércules, son cosas difíciles de explicar y monótonas y sin tantas posibilidades de adorno como parecía, aparte de que, y esto es lo capital, cualquier motivo me parece bueno para no hacer nada» (II 6.1). Aún así, Ático intentó convencerle, en vano, de que no abandonase su labor (II 7.1). Cuatro años después, en su obra *De oratore* I 59, seguía definiendo a la geografía como «*obscurior scientia*». Otras fuentes, poco fiables, confirman el interés de Cicerón por la geografía al haber escrito una corografía (PRISCIANO, *GLM* II 267,5 Hertz). En cualquier caso, que tomase por modelo a Eratóstenes demuestra que aspiraba a ser un *uomo universale*, a la manera del sabio de Cirene o de Posidonio de Apamea, lo que prueba tanto la gran curiosidad que despertaba la geografía entre las élites intelectuales romanas de su tiempo, como que no existía una separación tajante entre otras disciplinas como la literatura, pues de lo contrario Cicerón nunca habría intentado navegar en aguas ajenas.

La presencia de la geografía no era sólo detectable en la narrativa, sino también en la poesía. Arato la popularizó en época helenística. Los poetas del Principado (Ovidio, Horacio, Virgilio, etc.) encontraron en ella un instrumento adecuado para ensalzar la naturaleza ecuménica del Imperio de Augusto. Los nombres de los espacios más lejanos se hicieron populares entre el gran público gracias a los poemas de los poetas latinos. Una obra poética como la *Farsalia* de Lucano está llena de digresiones geográficas¹² y, al igual que Séneca, su autor también se siente muy interesado por enigmas geográficos como el misterio de las crecidas del Nilo¹³.

Si entendemos la geografía como un género literario propio del mundo antiguo, debemos creer, por lo tanto, que estaba sometida a los mismos *tópoi* que la literatura:

1) La *mímesis*¹⁴. La *mímesis* tiene una doble faceta. En la primera se reproduce la forma (*eidos*) de la tierra, bien por la imagen o por la palabra. Sin embargo, la *mímesis* geográfica no puede resultar familiar, pues el objeto representado sobrepasa los límites del ojo. Es por ello por lo que se tiene que recurrir a metáforas o a imágenes que sí son familiares para el lector (Piel de toro; hoja de plátano; arco escita, etc.). Nuestra dependencia de la palabra para representar el espacio genera una segunda *mímesis* puramente literaria. Al fin y al cabo, la literatura fue la primera forma de transmisión del saber grecorromano, y, al igual que otros

9 Cf. JACOBY, F., «Über die Entwicklung der griechischen Historiographie und den Plan einer neuen Sammlung der griechischen Historikerfragmente», *Klio* 1909, p. 801-823, ya defendió hace muchos años que la geografía era uno más de los géneros literarios en prosa.

10 Serapión de Antioquía fue un astrónomo y matemático (Cf. PLINIO I 4).

11 Maestro de Estrabón y de los hijos de Cicerón (Cf. ESTRABÓN XII 3.16).

12 LUCANO I 396-465 (Tribus gálicas); II 399-438 (ríos italianos).

13 LUCANO X 188-331; Cf. SÉNECA, *N.Q.*, IVa 1.

14 PTOLOMEO II 1.1. Cf. JACOB, Ch., «La mimésis géographique en Grèce antique», en *Espace représentation et sémiotique d'architecture*, París 1989, p. 53-80.

autores antiguos, el geógrafo tiene la obligación de servirse de la tradición para demostrar su conocimiento de un tema y que emplea para rellenar los huecos que la experiencia deja vacíos. Esto le empuja, en muchas ocasiones, a recoger datos que él mismo no cree, pero que sus lectores, deseosos de conocer tierras lejanas, le obligan a introducir en su relato. Emular la tradición es una forma de hacer geografía y literatura a la vez, pues la geografía es «*el resultado de trabajar miméticamente sobre la realidad, de imaginarla y reconstruirla a partir de nuestras analogías y necesidades culturales y sociales, destinada a enseñar y producir placer*»¹⁵. Por esta naturaleza ambivalente queda implícito que el espacio geográfico puede conocerse mediante la experiencia o por la palabra, ya sea oral o escrita, pero es sobre todo esta última la que, al tener mayor capacidad de subsistir a la voracidad del tiempo, tiene una mayor influencia. Este peso desmedido del legado cultural griego será uno de los obstáculos más importantes en los intentos de modificar o alterar la percepción espacial del mundo antiguo. Una losa para el progreso de la ciencia geográfica.

2) *Intertextualidad*. Recientemente se viene diciendo que toda obra hace referencia a otra, o que todo escrito es un libro de libros. Muchos trabajos se escriben en oposición o en conformidad a la impresión que les han causado otras obras. Difícilmente habría podido Platón escribir su *República* si antes no hubiese compuesto Homero sus epopeyas. Así, Heródoto le debe mucho a Hecateo, Eratóstenes a Eudoxo y Dicearco, Hiparco a Eratóstenes y Ptolomeo a Hiparco. Por lo que los escritos de geografía nunca fueron independientes entre sí en la antigüedad. Esta fuerte intertextualidad nos permite recuperar numerosos fragmentos de escritores perdidos, de cuyas obras apenas sabemos poco más que el nombre. Algunos autores, como Geoffrey Lloyd, han destacado el carácter agonístico de la ciencia griega en comparación con otras culturas como la china¹⁶. No obstante, la intertextualidad demuestra que para los griegos el progreso se cimenta sobre los pilares del pasado. No hay avance sin mirar antes al pretérito, ya sea para mimetizarlo o criticarlo, y esto es una consecuencia de que una cultura haya comenzado a fijar por escrito su tradición desde sus inicios.

3) *Arte*. La geografía compartirá otra de las características de la literatura, su aspiración a generar obras de arte. Siempre ha de tenerse en mente que la palabra latina para el arte (*ars*) es la traducción del término griego *téchne* (ciencia). Aunque Cicerón no fue el único que descubrió que la naturaleza de la geografía, ampliamente descriptiva, no la hacía muy idónea para el lucimiento personal de un autor (Cf. POMPONIO MELA I 1), toda obra de arte es susceptible de ser reproducida y la geografía no es una excepción. Desde una perspectiva aristotélica podríamos decir que es arte, pues es universal, pero por otro lado, es difícilmente identificable como tal, pues no puede conmover a su espectador, al no poder identificar lo representado en un mapa o en un texto sin la debida instrucción. El espacio es algo que incumbe a todos, pero que sólo unos pocos pueden entender y manejar.

4) *Veritas*. La creación artística no está reñida con la veracidad. El creador pretende escribir conforme a los hechos, aspirando a tener una objetividad propia de las ciencias modernas, pero que no entra en contradicción con la subjetividad que se desprende de su propia creatividad personal. No hay que olvidar que *téchne* significa tanto arte como ciencia en la antigüedad. Por lo que, tanto Jenofonte, cuando escribe su ficticia descripción del pueblo persa en la *Ciropedia*,

15 CRUZ ANDREOTTI, G., «La visión de Gades en Estrabón. Elaboración de un paradigma geográfico», *DHA* 20 (1) 1994, p. 57-85; p. 65.

16 LLOYD, G. E. R., *Adversaries and authorities: investigations into ancient Greek and Chinese science*, Cambridge University Press 1996, p. 20-46.

como Amiano Marcelino, cuando inicia su descripción de la geografía de Asia, aspiran a hacerlo conforme a la «verdad». La veracidad puede atestiguararse mediante un testimonio ocular; una revelación divina; un manuscrito encontrado; testimonios indirectos, que pueden ser orales o escritos. La multitud de formas que hay para verificar lo verídico indica que fue un recurso muy utilizado. Incluso el más célebre mentiroso de la antigüedad, Luciano de Samosata, hace referencia a esta costumbre cuando, al inicio de una sus obras, reconoce que la única verdad que va a decir es que todo lo que dice es mentira (*Relatos verídicos* I 4). El geógrafo es un hombre sincero que dice mentiras y un mentiroso que se cree sincero.

5) *Narratio*. Los topónimos no sólo ubican, también están ligados a una historia. Usando una terminología propia de Saussure, podríamos decir que los nombres tenían dos naturalezas, la ubicación y la narración. Todo topónimo está atado a una localización rudimentaria que iba ligada a dicha palabra. Dependiendo del nivel cultural del oyente o del lector, su localización puede ser más a menos precisa. Pero también portan una historia (mítica; literaria; poética) que, de igual modo, resulta diferente por su formación y sus conocimientos. Resultando que, pese a hacer referencia a una realidad absoluta, el espacio, su grado de comprensión difiere muchísimo de una persona a otra, siendo, por tanto, más apropiado hablar de geografías y geógrafos antes que de una única geografía.

6) *Exempla*. Conmover ha sido una aspiración universal de la literatura. Mediante relatos como el cruel destino de la hija de Sejano (TÁCITO, *Anales* V 9), la suerte de los atenienses derrotados en Sicilia (PLUTARCO, *Nicias* 29) o la muerte del triunviro Craso (PLUTARCO, *Craso* 33), podemos sobrecogernos y abandonar el egoísmo propio de todo ser vivo, por un momento, y crear firmes pautas de comportamiento. El espacio, como realidad objetivable, no es un contexto adecuado para propiciar la autorreflexión del ser humano, pero lo cierto es que nunca fue entendido de esta forma, es decir, desligado de toda actividad humana. El hombre es el protagonista absoluto de la geografía grecorromana y esto posibilita que los «*exempla*» estén presentes en el discurso geográfico. El modo de vida, la alimentación, las costumbres funerarias diametralmente opuestos pueden producir un efecto similar. No obstante, al focalizarse en elementos generalmente ajenos o extraños a la cultura de un individuo, la reacción no es la misma. La *sympatheia* requiere, para que haya identificación, un entendimiento y un acercamiento respecto de lo que se contempla. Es por eso que, muchas veces, para facilitar la reflexión de sus lectores el geógrafo presenta a los pueblos extranjeros con rasgos distintivos de su sociedad. Sin embargo, la identificación no es completa, pues no consigue «ver» los vicios de otras culturas en la suya propia. Quizás porque contempla a través de los ojos de otro (el geógrafo) o porque los ojos con los que ve están de antemano llenos de información sobre lo que esperan ver (la tradición). La geografía es por tanto mirada del otro.

En suma, por su naturaleza literaria, la geografía antigua fue una disciplina de la creación y de la imitación, que reproduce y critica las obras que le precedieron, que es arte y ciencia sin ser ninguna a la vez, que miente y se sincera, una y múltiple al unísono, que ve el mundo sin contemplarlo y que crea contextos que pueden conmover sin que el lector trascienda por completo las barreras de su civilización y se equipare con otros pueblos. Al fin y al cabo lo propio del geógrafo es poner límites, no derribarlos y tanto la alteridad como la tradición no dejan de ser barreras.

GEOGRAFÍA E HISTORIA

Sin embargo, la literatura no estaba ligada exclusivamente a la geografía, ni esta última con la literatura. Ambas tenían importantes vinculaciones con la historia¹⁷. La historia, fue un género que por su carácter marcadamente narrativo se enmarcaba dentro de lo que llamaríamos geografía literaria¹⁸. Ante la pregunta ¿qué diferencia hay entre la geografía y la historia? un hombre de nuestro tiempo, imbuido por el espíritu científico de nuestra época, diría que la primera se ocupa del espacio y la segunda de la esfera temporal, o que una se encarga de la narración y la otra de la descripción, que el tiempo de la historia es el pasado y el de la geografía el presente¹⁹. Sin embargo, un individuo de instrucción media del mundo antiguo, que ignoraba los trabajos sobre geografía física de I. Kant y sus sucesores, no tendría una respuesta clara que dar. Tal vez, porque no entendería la pregunta, y menos nuestra respuesta, al considerar que ambas existen en el espacio y en el tiempo, pues la separación desaparece cuando se añade el factor humano, que comunica e interrelaciona el espacio con el tiempo.

Autores como Katherine Clarke²⁰ han destacado la fuerte interacción entre historia y geografía en el mundo grecorromano, especialmente en escritores como Polibio o Estrabón²¹. Efectivamente, muchos autores del mundo antiguo cultivaron ambos campos de investigación, lo cual es un indicio de que dos disciplinas, aparentemente opuestas, podían ser tratadas por el mismo autor, aunque, en apariencia, en esferas diferentes. Pero un análisis de los fragmentos conservados de las *historias* de Estrabón y de la *geografía* de Polibio revela que no había una gran diferencia entre los temas tratados en sus otros libros, que sí han llegado hasta nosotros. Polibio (V 5) se mostraba tajante en sus *historias* en la necesidad e importancia de la geografía, porque el clima y el medio eran los únicos elementos que tenían en común los hombres: «*Porque como en las guerras, bien sean por mar, bien por tierra, se engañan los más por no hacer distinción de los lugares, y nuestro propósito es el que todos sepan, no tanto lo que pasó, cuanto el cómo se hizo; creemos que en ningún acontecimiento se debe omitir la descripción del sitio, y mucho menos en asuntos militares, ni dejar de expresar ciertas señales, ya de puerto, mar o isla, ya de templo, monte, denominación de país, o por último diferencia de clima, puesto que éstas son las nociones más comunes a todos los hombres, y el único medio de conducir los lectores al conocimiento de lo que ignoran, como ya hemos mencionado*». La geografía, por lo tanto, es inseparable de la historia para Polibio. De igual forma, Floro (*Praef.*, 3) establece una relación indisoluble cuando compara su compendio de la historia de Roma con la representación geográfica del mundo que se hace en pequeñas pinturas (mapas). Orosio (V 2.6) quería escribir una historia universal de la humanidad, pero su introducción geográfica demuestra que también quería ser universal en su concepción del espacio²².

17 MORGAN, M. G., «Tacitus on Germany: Roman History or Latin Literature», en *Literature and History*, Boston 1983, p. 87-118, defiende que la delimitación entre ambas fue borrosa debido a la importancia de la retórica.

18 SECHI, M., *La costruzione della scienza geografica nei pensatori dell'antichità classica*, Roma 1990, p. 35-51.

19 MERRILLS, A. H., *History and geography in late antiquity*, Cambridge University Press 2005, p. 7.

20 CLARKE, K., *Between Geography and History. Hellenistic Construction of the Roman World*, Oxford 1999, p. 1-76; ROMM, J. S., *op. cit.*: «The Greeks tended to correlate historic time with geographic space» (p. 47).

21 Cf. VIANA, J., «ESTRABÓN (1977-1999)», *Eclás* 116, 1999: «Estrabón es historiador antes que geógrafo» (p. 84).

22 Cf. JANVIER, Y., *La géographie d'Orose*, París 1982; CORSINI, E., *Introduzione alle storie di Orosio*, Turín 1968.

Una tierra, por exótica que sea, es menos interesante sin grupos humanos que la habiten. La tierra influye en la especie que la habita y el grupo humano define a su vez el espacio²³, pudiendo ser fértil o estéril por su naturaleza o salvaje y civilizada²⁴ por el carácter del grupo que la puebla. Pero lo incuestionable es que cuando más nos alejemos de la civilización más salvaje es la tierra que se habita²⁵.

A la vez, por paradójico que suene, en la antigüedad los grupos humanos no siempre son situados espacialmente en virtud de la geografía, sino que éstos son los que ubican las regiones: La tierra de los Hiperbóreos puede ser localizada con facilidad porque se sabe que viven en los límites septentrionales del mundo; lo mismo ocurre con los etíopes en el sur, los indios en el este y los celtas en el oeste, siendo verdaderos pueblos-frontera. Esta fuerte interacción entre la tierra que habitaban los hombres y su propia cultura implicaba que cuando el historiador estaba definiendo a un grupo humano también estaba haciendo lo propio con el espacio y viceversa, por lo que podía desempeñar a la vez la función de historiador y de geógrafo.

De hecho, el método de un geógrafo y un historiador era él mismo. En la famosa obra de Antoine de Saint Exupéry, *El principito*, el protagonista se sorprende cuando llega al planeta de un geógrafo y descubre que éste no tiene ningún interés en ver personalmente los lugares que configuran su objeto de estudio. De igual modo, Kant se hizo célebre por ser uno de los primeros catedráticos de geografía física y no haber pisado en su vida una montaña. Lo cual habría resultado inconcebible en la Grecia Clásica. *Conditio sine qua non* de todo geógrafo fue viajar a las regiones sobre las que escribía para poder tener un conocimiento directo del tema. Es este conocimiento empírico lo que le capacita para realizar su tarea y, al mismo tiempo, aumenta su credibilidad ante las generaciones futuras. Poco importa que se le tachase posteriormente de fabulador, lo importante era que había estado allí, por lo que tendría que ser creído y utilizado. Algo similar ocurría con el historiador, en ausencia de universidades, lo único que podía capacitar a un individuo para escribir sobre los hechos históricos era emplear las fuentes adecuadas o haber tenido una experiencia directa sobre el lugar y los acontecimientos sobre los que escribía. La *autopsia*²⁶ fue el procedimiento empleado tanto por el historiador como por el geógrafo para justificar su capacitación profesional, y dado que el oficio del historiador y geógrafo en la Grecia Clásica nunca estuvo amparado por el estado, era mayor su libertad para escribir y su necesidad de demostrar su valía para poder lograr su subsistencia. Lo que aumentaba la rivalidad y la naturaleza agonal de la ciencia griega antes del helenismo.

Ambas disciplinas comparten también otro defecto como consecuencia de su apego por la autopsia, la imposibilidad de contrastar datos. Lo que ha ocurrido no puede ser ni revivido ni recuperado. Sumergirse en el pasado implica nadar en aguas mentales muy turbias. Trascender el tiempo hace que las horas se conviertan en días, los días en semanas, las semanas en meses, los meses en años y los años en siglos. El autor que escribe sobre hechos alejados de su época depende, en gran medida, de sus fuentes, cuanto mayor es la distancia temporal mayor es su dependencia. Lo mismo ocurre con la geografía, no sólo porque la tierra está sometida al cambio, por fenómenos terrestres o por la acción del hombre, sino por su enorme tamaño.

23 HERÓDOTO I 78: «La tierra de Cresos»; 209: «Tierra de los Masagetas».

24 HERÓDOTO II 34: «Tierra culta y poblada».

25 HARTOG, Fr., *Memoria de Ulises. Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*, Méjico, FCE 1999, p. 166-167, la palabra *ágrios*, que designa lo salvaje originariamente se empleaba para la tierra sin cultivar.

26 Cf. NENCI, G., «Il motivo della autopsia nella storiografia greca», *SCO* 3, 1953, p. 22-46; SCHEPENS, G., *L'autopsie dans la méthode des historiens grecs du Ve siècle avant J.-C.*, Bruselas 1980.

El geógrafo debe viajar para conocer el mundo, pero le resulta imposible hacerlo a todos los lugares; la literatura se encargaría de cubrir los espacios que la mirada del geógrafo no puede²⁷. Por eso tiene que recurrir a los testimonios de otros autores. Cuando más grande sea su objeto de estudio, es decir, cuando más universal sea la geografía o la historia que escriba, mayor será su dependencia de otros geógrafos y viajeros²⁸, por poca que sea su credibilidad, obteniendo como resultado una geografía más teórica y libresco que autóptica. En conclusión, para ser considerados veraces el geógrafo y el historiador deben de poder testimoniar y, en caso de no poder hacerlo, deben emplear fuentes que subsanen esa carencia, dándose la curiosa circunstancia de que cuanto mayor sea su dependencia más críticos serán para poder ocultarla.

Además, comparten la obligación de situar en el espacio y en el tiempo a sus lectores, y para poder hacerlo recurren a diferentes ciencias auxiliares. El historiador debe ubicar temporalmente a cuantos se adentran en el pasado. Los espacios temporales en los que se circunscribieron las vidas de los grandes hombres pueden ayudar a delimitar de forma rudimentaria el período temporal, pero para hacerlo con mayor precisión se tiene que recurrir a la cronología. El geógrafo, en cambio, debe hacerlo espacialmente. Los accidentes naturales, montañas, ríos y valles son los elementos de referencia más sencillos para sus fines, pero cuando la descripción se aleja del área conocida por la comunidad es preciso recurrir a otros métodos para delimitar y fijar el espacio. La cartografía es la encargada de llenar este vacío. Sin embargo, al no tener una gran extensión entre el gran público en la antigüedad, sólo fue empleada por las élites o por las personas instruidas, por lo que la localización de los espacios siempre fue mucho más difusa que la de los hechos históricos. Ahora bien, el «historiador antiguo» también debe describir el espacio de las tierras extranjeras, sobre todo cuando son desconocidas por sus lectores al estar en los confines (Cf. HERÓDOTO III 106) y el «geógrafo antiguo» debe de recurrir a la cronología para ubicar temporalmente los datos que cuenta. Todo lo cual nos vuelve a reafirmar en nuestra creencia en la ausencia de una separación real entre ambas disciplinas.

Siempre hay que tener presente que el espacio no es una realidad neutra ni para el historiador ni para el geógrafo²⁹. La subjetividad está más que presente cuando tienen que describir sus patrias, sus hogares, sus geografías. Esta subjetividad puede afectar de varias maneras al autor, ampliando los datos, exaltando su tierra o criticándola con dureza. Pero siempre su realidad inmediata será el espacio que le servirá como modelo para crear su imagen del mundo, al igual que los ciegos reconstruían la forma del elefante a partir de una sola de sus partes.

27 JACOB, Ch., «Carte greche», en *Geografia e geografi nel mondo antico*, Bari 1983, p. 47-68; p. 53-56, destaca que en la cartografía antigua conflúan la información procedente del ojo (la autopsia) y la del oído (los relatos). La tradición literaria se encargaría de rellenar los vacíos dejados por el ojo humano.

28 Sobre la desconfianza de los geógrafos antiguos por los relatos de los viajeros. Cf. POLIBIO IV 42.7; ESTRABÓN I 2.23; PTOLOMEO, *Geografía* I 11.7.

29 LLOYD, G. E. R., «Right and Left in Greek Philosophy», *JHS* 82, 1962, p. 56-66, la derecha podía ser asociada con lo masculino y la izquierda con lo femenino; VIDAL NAQUET, P., *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego. El cazador negro*, Barcelona, Península 1983, la derecha era el lugar donde tradicionalmente se concentraban las mejores tropas por su carácter positivo; CHOZA, J., «Medicina, geografía y geometría. Los espacios de la salud y la enfermedad», *THÉMATA* 40, 2008: «Los espacios nunca son neutros desde el punto de vista del hombre. Arriba/abajo se corresponden con cielo/infierno, bueno/malo con diestro/siniestro, y aquí/allí o nosotros/ellos se corresponde con cosmos/caos» (p. 155).

IMPERIALISMO Y GEOGRAFÍA

Una curiosa paradoja propia de la geografía antigua, es que, pese a su apego a la tradición o al concepto del eterno retorno, el hombre del mundo grecorromano fue consciente de cierto progreso en el conocimiento de la superficie terrestre. Eratóstenes sabía que las campañas de Alejandro Magno supusieron una ampliación del mundo conocido. De igual modo, Estrabón (I 2.1) vinculó una nueva extensión del orbe con las conquistas romanas (Cf. POLIBIO III 59). Los autores latinos pudieron ensalzar el espacio romano en sus obras, porque intuyeron la estrecha relación existente entre la expansión militar y el conocimiento del entorno geográfico. Los romanos, como todos los grandes imperios, descubrieron, muy pronto, que tanto para conquistar como para gobernar un territorio había que conocerlo³⁰. En esta labor desempeñaron un papel clave los agrimensores romanos y los geógrafos griegos. Los generales podían conquistar el espacio gracias, en parte, al conocimiento encontrado en los libros y sobre todo en los mapas (VEGECIO III 6). Estrabón justificaba la utilidad de su *Geografía* porque era de interés para los hombres de estado y Plinio (*Prefac.*, 16) decía que su *Historia Natural*, en la que había muchos datos geográficos, era más útil que amena. De igual modo, salvando las distancias, cuando Francisco Javier marchó a Cipango (Japón) para extender el dogma católico, leyó antes cuanta información pudo encontrar sobre la región, como la obra de Marco Polo³¹. En todos estos casos se entiende que la geografía es un instrumento de gran utilidad que debe de ser conocido para obtener la conquista.

No obstante, debe de admitirse que, en cierta manera, era muy limitada la información que los gobernantes y los militares podían obtener de la geografía literaria. Baste recordar el juicio de Estrabón (II 5.8) sobre la poca utilidad que podía tener para las tareas del gobierno el conocer los dudosos límites septentrionales del mundo. De provecho podían resultar los aciertos que se encontraban en los textos griegos o en los mapas cargados de simetría, pero ¿qué resultado tuvieron los errores en la creación de la cosmovisión de la sociedad romana?³² En cierto modo, el militar que viajaba y observaba el territorio para domeñarlo tenía un conocimiento directo del terreno, que le convertía en una fuente de información geográfica más válida que la opinión del comerciante³³ e incluso que del geógrafo de despacho, puesto que, como hemos dicho con anterioridad, la *autopsia* era el principio de autoridad que capacitaba a una persona para escribir sobre lo que había visto, o, dicho de otra manera, ver era lo que le posibilitaba escribir. No obstante, durante muchos siglos las principales fuentes de información geográfica y etnográfica procedieron de militares romanos que habían tenido un conocimiento directo sobre el terreno (César, Arriano, Corbulón, Amiano Marcelino, etc.). De esta manera, se creaba uno más de los muchos fenómenos sinérgicos que caracterizan a la geografía del mundo antiguo: el general tiene que recurrir al erudito para conquistar el territorio que va a invadir, pero, una vez conquistado, el general obtiene una experiencia (*empeiría*) que hace que el sabio posterior tenga que valerse de su testimonio. Por lo tanto, la evolución de cada una de estas disciplinas, la militar

30 NICOLET, Cl., *op. cit.*, p. 95.

31 LIDIN, O. G., *Tanegashima: The arrival of Europe in Japan*, Copenhague 2002, p. 29; LISÓN TOLOSANA, C., *La fascinación de la diferencia*, Madrid, Akal 2005, p. 11-12.

32 Cf. MOYNIHAN, R., «Geographical Mythology and Roman Imperial Ideology», en *The Age of Augustus*, Providence 1985, p. 149-162.

33 ESTRABÓN III 5.6: «...porque lo verosímil es que prevaleciera la fama de este nombre si se lo hubieran dado primero generales, no comerciantes».

y la geográfica, repercutirá ineludiblemente en la otra. Una expedición como la de Trajano en Persia podía provocar que el público romano acrecentara su interés por dicha zona, demandando obras sobre el lugar o más concretamente sobre personajes como el Alejandro Magno de Flavio Arriano, que había conquistado todo el reino persa³⁴. No fue casualidad que cuando se detuvo la expansión militar también lo hiciesen los avances en el conocimiento del entorno³⁵.

GEOGRAFÍA, RELIGIÓN Y MITOLOGÍA

Desde sus orígenes la geografía ha estado sorprendentemente ligada a la mitología³⁶. La razón reside en la naturaleza de los mitos griegos, que mayoritariamente son etiológicos, es decir, suelen explicar las causas o los orígenes de hechos, personas, fenómenos, pero sobre todo de lugares. Los orígenes de las erupciones del Etna, del estrecho de Gibraltar, de la cordillera del Atlas o de los Pirineos eran explicados con argumentaciones mitológicas³⁷. En otros casos sus protagonistas estaban asociados directamente con un lugar o con un espacio: Atenea estaba fuertemente vinculada con la laguna Tritónide, las Hespérides con Occidente, Hércules con las Columnas que llevan su nombre, Diónisos con la India, o incluso podían tener nexos de unión con el mundo subterráneo, como cuando los héroes descendían a los infiernos en sus famosas *Katábasis*, la bajada al inframundo. De hecho, el héroe griego se caracteriza por domeñar el espacio, por trascender la esfera divina y la humana, como Belerofonte cuando ascendió a los cielos (TZETZES, *Chil.*, VII 856; PÍNDARO, *Isthm.*, VII 44; HIGINO II 18) o Teseo cuando bajó a los infiernos (HIGINO, *fab.*, 79). Pero para que el oyente comprenda adecuadamente las hazañas del héroe, debe poder ubicarlas conforme a un rudimentario mapa mental (norte-sur, oeste-este, mundo-isla, mundo-esférico, etc.) construido según las bases culturales de su civilización. La escasa generalización de mapas en el mundo antiguo impidió que la imagen mental del mundo fuese homogénea³⁸, de tal modo que, lejos de unas referencias básicas propias de las dadas por la órbita solar o los vientos, cada persona tenía que construirse su propia visión del mundo y su propia geografía. Esta realidad conllevaba que un espacio de la geografía mítica como los montes Ripeos o los Hiperbóreos pudieran estar en algunos autores al norte de Europa (DAMASTES DE SIGEO, *fr.* 1; DIONISIO PERIEGETA 315), Asia (P. MELA III 36-7) o simplemente no existir (ESTRABÓN VII 3.1). Los fuertes lazos existentes entre la mitología

34 RUGGINI, L. C., «Sulla cristianizzazione cultura pagana: il mito greco e latino di Alessandro dall'età Antonina al Medioevo», *Athenaeum* 43, 1965, p. 3-80, sitúa la traducción latina de la leyenda de Alejandro hecha por Valerio Flaco en tiempos de los sucesores de Constantino, que planearon invadir Persia.

35 NICOLET, CL., «Il modello dell'Impero», en *Storia di Roma IV. Caratteri e morfologie*, Einaudi, Turín 1989, p. 459-486; p. 464, señala que los emperadores asesinaron al Imperio ante la ausencia de conquistas.

36 RAMIN, J., *Mythologie et géographie*, París, Les Belles Lettres 1979, p. 7. Cf. BRIOSO SÁNCHEZ, B., «Geografía mítica de la Grecia antigua (I)», *PHILOLOGIA HISPALENSIS* 8, 1993, p. 193-213; BRIOSO SÁNCHEZ, B., «Geografía mítica de la Grecia antigua (II)», *PHILOLOGIA HISPALENSIS* 9, 1994, p. 187-209, quien destaca que originariamente la geografía mítica fue un ámbito secundario y no un fin en sí misma. Sólo cobraba sentido en el contexto del relato en dónde se insertaba la información. Cualquier precisión geográfica en el terreno mítico puede ser meramente ilusoria, pues un lugar mítico está, pero de él no siempre se podrá decir que está ahí.

37 Etna (APOLODORO I 6.3; OVIDIO, *Metamorfosis* V 352); Gibraltar (SÉNECA, *Hercules Furens* 235ff; *Hercules Oetaeus* 1240; PLINIO, *Nat. Hist.* III 4; DIODORO IV 18.5); Atlas (HOMERO, *Odisea* I 53-4; EURÍPIDES, *Heraclis* 405-7; APOLODORO I 2.3; OVIDIO, *Metamorfosis* IV 653-55); Pirineos (SILIO ITÁLICO III 420).

38 Cf. ARNAUD, P., «Pouvoir des mots et limites de la cartographie dans la géographie grecque et romaine», *DHA* 15, 1989, p. 10, quien señala que la escritura y la cartografía compartieron el monopolio de la representación del mundo en la antigüedad.

y la literatura provocaron que el contenido de estos mitos fuese evolucionando y cambiando a lo largo del tiempo, siendo diferente dependiendo del autor³⁹. Esto, junto con la ausencia de una casta sacerdotal que controlase el dogma⁴⁰, conllevó que, a diferencia del mundo hebreo o cristiano, las cuestiones geográficas ligadas a la mitología griega no tuvieran un carácter sacro. Tanto si se creía como si no en el periplo de Menelao, no había problema para situarlo en el Mediterráneo (HOMERO, *Odisea* IV 81-5) o en el Atlántico (CRATES DE MALOS = ESTRABÓN I 2.31-32). Lo mismo ocurría con Nisa, la ciudad natal del dios Diónisos, que podía estar situada en Etiopía (HERÓDOTO II 146), Arabia (DIODORO III 66) o en la India (ARRIANO V 1.2)⁴¹. Los mitos eran el material del que conformaba la tradición y resultaba más fácil alterarlos que desecharlos.

La ligazón entre la mitología y la literatura posibilitó que los mitos fuesen reubicados numerosas veces a lo largo de la historia griega. Los ejemplos más claros fueron los viajes de Hércules, Odiseo y Diónisos. Gracias a esta realidad, en tiempos de Alejandro Magno, el fin del mundo, el espacio por excelencia relacionado con héroes como Prometeo, Hércules y Diónisos, pudo ser redefinido y reubicado en la India. La consecuencia de todo esto es que, dado que los mitos podían ser reescritos, y por lo tanto modificados espacialmente, cualquier escritor del mundo antiguo podía alterar y modificar el espacio conforme a las habilidades de su intelecto y según se lo permitiera la tradición. Dicho de otra forma, hubo tantos geógrafos como autores y tantas geografías como personas. Desde esta perspectiva, la tradición literaria, siempre antes de ser fijada, ofrecía una multitud casi infinita de variaciones. Siempre y cuando se respetasen algunos preceptos incuestionables. Helena podía haber ido a parar a Troya como decía Homero o haber pasado toda la guerra en Egipto como decía Estesícoro (PLATÓN, *Fedro* 243b), pero lo indiscutible es que había sido el *casus belli* de la guerra de Troya.

Sin embargo, una cosa era alterar la situación de unos mitos y otra muy diferente la cosmovisión que la religión y los ritos cívicos establecían, pues la geografía estaba igualmente unida a ambos. De hecho, una de las leyendas más bellas de la religión griega contaba que queriendo medir Zeus la superficie del mundo soltó dos águilas desde sus extremos que, finalmente, acabaron encontrándose en Delfos. De tal modo que la ciudad de Delfos quedaba establecida como centro del mundo y Zeus como el primer geómetra de la historia⁴², el primer precursor de Eratóstenes y Posidonio. La religión establecía que existía un centro y que la tierra podía y debía ser medida.

La religión griega siempre estuvo muy ligada a la naturaleza. Ríos como el Alfeo o el Escamandro no dejaban de ser deidades. Lo mismo ocurría con los cuerpos celestes que, según Aristóteles (*Metafísica* 1074b), fueron considerados divinidades. En cierta forma, sus dioses fueron representaciones de los fenómenos naturales y, al mismo tiempo, del espacio geográfico. La famosa frase de Tales de Mileto «*Todo está lleno de dioses*»⁴³ bien valdría para explicar la intensa conexión entre la religión tradicional y el espacio geográfico.

39 Cf. GARCÍA GUAL, G., *Mitos, viajes, héroes*, Madrid, Taurus 1981, p. 9-31; GARCÍA GUAL, G., *La mitología. Interpretaciones del pensamiento mítico*, Barcelona 1989, p. 32-42. Cf. PÍNDARO, *Olímpica* I 30-53, donde el poeta se niega a aceptar la visión tradicional de un mito y lo altera según sus propias creencias.

40 Cf. DETIENNE, M., *Los maestros de la verdad en la Grecia arcaica*, Madrid, Taurus 1983.

41 Cf. OTTO, W. F., *Dioniso: mito y culto*, Madrid, Siruela 1997, p. 52.

42 JACOB, Ch., «L'oeil et la mémoire: sur la Périégèse de la terre habitée de Denys», en *Arts et légendes d'espaces. Figures du voyage et rhétoriques du monde*, París 1981, p. 26-27.

43 DIÓGENES LAERCIO I 24; ARISTÓTELES, *De ani.*, 405a; 411a.

No es casualidad que, de los pocos casos de persecución a intelectuales en el mundo antiguo por juicios de impiedad (*asebeía*), la mayoría lo hayan sido por cuestiones geográficas, como decir que el sol era una piedra incandescente (Anaxágoras) o que la tierra no se encontraba en el centro del Universo (Aristarco). Cambiar las viejas concepciones espaciales del hombre antiguo implicaba también modificar sus creencias religiosas. Desde esta perspectiva, los estoicos tuvieron razón al convertir a Homero en el fundador de la geografía, puesto que al ser el padre del panteón griego, también lo fue de sus primeras concepciones del mundo y del espacio.

GEOGRAFÍA Y MEDIO

De igual modo, siempre existió una fuerte interacción entre el hombre y el medio. Los griegos eran muy conscientes de la influencia del medio en el ser humano. El tratado pseudo hipocrático *Sobre los aires, los lugares y las aguas* fue una de las primeras obras occidentales donde se defendió que el clima podía alterar o modificar el espíritu de un pueblo. Dependiendo de la localización de una sociedad en un clima frío o cálido, mayor o menor sería su grado de desarrollo o de barbarie. El encontrarse en un clima templado como el griego, ni demasiado frío ni demasiado caluroso, sería una de las razones expuestas por los intelectuales griegos para justificar su superioridad sobre las otras naciones y, al mismo tiempo, para desarrollar la noción del otro, el bárbaro.

Ahora bien, también se sabía que el hombre podía cambiar el medio con sus actos. La aparición de extensas áreas desérticas, como el Sahara, se explicaba de forma mítica. Faetón había acercado demasiado el carro del Sol a ese lugar (OVIDIO, *Metamorfosis* II 19-328; PLATÓN, *Timeo* 22c; ARISTÓTELES, *Meteor.*, 345a). De igual modo, podemos encontrar otras historias que reflejan una fuerte creencia en la degeneración de la naturaleza por la acción del hombre. Eratóstenes nos habla de la deforestación de Chipre (ESTRABÓN XIV 6.5), y Platón (*Critias* 111 b-d) al comparar la antigua fertilidad del suelo del Ática con su estado actual la califica como los huesos de un cuerpo enfermo. Sin embargo, el hombre antiguo también podía alterar positivamente el medio introduciendo nuevos cultivos y animales en distintos biosistemas⁴⁴. Al fin y al cabo, la creación en el propio medio natural era una forma de plasmar el dominio del hombre sobre la naturaleza.

La fuerte percepción de la degradación de la naturaleza era una consecuencia más del pensamiento grecorromano, nos referimos a la Edad de Oro. Este concepto fue una de las ideas rectoras del mundo antiguo. La degeneración progresiva era evidente cuando se tenía la certeza de que antiguamente, en un pasado indeterminado y primigenio, la humanidad había podido conseguir su alimento sin la necesidad de arar la tierra. En la Edad de Oro la fertilidad era tan grande que el hombre no tenía que ganarse su sustento con el sudor de su frente. Hasta que la Edad de Oro volviese, la degeneración del suelo sería una constante. Hesíodo en sus *Trabajos y los días* escenificaba su creencia en el ocaso que atravesaba la humanidad a través de la imagen de la sucesión de edades, una decadencia que se caracterizaba por estar expresada con una gradación metálica. Igualmente, los grandes imperios nacían, prosperaban y caían. Esta percepción cíclica del tiempo y de la civilización estaba ampliamente ligada a la alternancia de las estaciones. El espacio no se libró tampoco de esta creencia. Pero la mente del hombre antiguo podía imaginar

44 TEOFRASTO, *Historia de las plantas* II 2.10; III 3.5; IV 5.6; PLINIO XVI 111; 135. Sobre el tema de la relación del hombre grecorromano con el medio ambiente cf. KWIATKOWSKA, T., *Mundo antiguo y naturaleza*, Méjico, Plaza y Valdés 2001, p. 23-24.

lugares donde la fertilidad del suelo y el clima beatífico habían permanecido intactos. Era fácil creer en la existencia de estos reductos si se daba por supuesto la existencia de la Edad de Oro. Los lugares más alejados del Mediterráneo, pero sobre todo las islas, eran los espacios favoritos de los griegos para ubicar estos oasis, en los que la acción del tiempo pasaba inadvertida.

No obstante, la fuerte conexión entre la naturaleza y el hombre provocaba que la humanidad también compartiese su declive. Plinio (VII 73-74) había notado que cada vez los hombres nacían con una menor estatura y como prueba de ello citaba el enorme esqueleto de Orestes encontrado por los espartanos. Aristóteles (*Política* 332b) había dicho que los dioses y héroes del pasado eran más altos que los hombres actuales. La vida también se había acortado, pues las Edades metálicas tenían su correspondiente raza. La degradación de la humanidad es la prueba tangible de que ésta no es más que un espacio viviente dotado de movimiento.

ESPACIO Y OIKOUMENE

Ni los griegos ni los romanos, que heredaron su geografía, tuvieron una única forma de concebir y referirse al espacio. Los griegos emplearon las expresiones *kenós* o *cháos* para representar el espacio vacío o absoluto carente de personas o cosas. *Chóros* fue el término que se utilizó para describir el espacio relativo, mientras que los romanos emplearon la palabra *spatium*. *Chóros* puede ser traducido como país, espacio, región, área, etc. Es el límite de la extensión de una cosa o cosas, el contenedor o receptáculo de un elemento⁴⁵. *Tópos* es un lugar, con un límite muy claro⁴⁶. Por lo que puede verse que los griegos supieron diferenciar entre el espacio vacío o con actividad humana⁴⁷. Tucídides (I 18) escenifica muy claramente esta realidad cuando dice que los atenienses, siendo obligados a dejar su *pólis*, embarcaron en sus naves convirtiéndose en un pueblo de marinos. Los atenienses, y cualquier otro colectivo cuya ciudad hubiese sido destruida, podían seguir conservando su identidad, porque una ciudad estaba compuesta de dos realidades, la espacial y la humana⁴⁸. Los romanos también distinguían entre la «*civitas*», el conjunto de ciudadanos vinculados por un derecho común, y la «*urbs*», el espacio donde se asienta la misma. La ciudad es ante todo una comunidad política formada por hombres libres, que lo son a su vez porque viven en la ciudad (ARISTÓTELES, *Política* 1253a; 1279a). No hay espacio sin actividad humana, pero tampoco hay humanidad fuera de su espacio natural, la ciudad-estado.

Siendo el factor humano lo que realmente daba sentido y a la vez configuraba la realidad espacial, no era extraño que los griegos distinguiesen entre aquellas zonas del mundo que estaban habitadas por el hombre y las que no. De este modo, surgió el concepto de *oikoumene*, el mundo habitado⁴⁹. Pero la *oikoumene* no es sólo un espacio para la vida del hombre y de su actividad. Es el lugar donde se concentra el mundo civilizado, lo que implica que cuanto

45 LUKERMANN, F., «The Concept of Location in Classical Geography», *Annals of the Association of American Geographers* 51 (2) 1961, p. 200.

46 CASEVITZ, M., «Remarques sur l'histoire de quelques mots exprimant l'espace en grec», *REA* 100 (3-4) 1998, p. 417-435.

47 SIMPLICIO, *Phys.*, 618.20: «Algunos hacen el espacio igual en extensión al cuerpo cósmico y afirman de él que aunque esté vacío por su propia naturaleza, está siempre lleno de cuerpos, pudiendo considerarse sólo teóricamente como existiendo por sí mismo. Ésa es la opinión de muchos de los filósofos platónicos y creo que Estratón de Lámpsaco era de la misma opinión».

48 AUJAC, G., «Les très grandes villes chez les géographes grecs», *MEFRA* 106, 1994, 862ss.

49 GISINGER, F., «Oikoumene», *RE* XVII 2, 1937, cols. 2123-2174.

más lejos se vaya de este punto, más rápidamente aumentará la barbarie y el salvajismo de los pueblos que componen la tierra. La noción de *oikoumene* lleva implícita en su naturaleza el concepto de centro y periferia. El mundo griego ocupa el centro, algo lógico si tenemos en cuenta que fueron ellos quienes desarrollaron esta concepción; mientras que los pueblos que se diferencian del griego, por su modo de vida y sus costumbres, son llevados a las fronteras del mundo habitado, donde se encuentra lo diverso, lo bárbaro. Por lo tanto, la *oikoumene*, no es sólo un espacio físico, sino también una frontera cultural.

El espacio podía igualmente ser entendido como una realidad relativa o absoluta, pero también podía ser identificado con la propia divinidad, como en este pasaje de Filón de Alejandría: «*Hay una triple noción de lugar, primero como espacio lleno de cuerpo, en segundo lugar como el orden divino mediante el que Dios ha impregnado totalmente todo con facultades incorpóreas... y su tercer significado es el propio Dios que se denomina lugar porque envuelve el Todo sin ser envuelto por nada*» (*De somniis* I 62-3). En cierto modo, la reflexión de Filón era lógica, una vez que se había dado por segura, tal y como hacían los estoicos, la existencia del *Pnéuma*, fuerza que invadía el cosmos convirtiéndolo en un organismo dinámicamente interactuante, sólo había que dar un paso más para divinizarlo. En cualquier caso, seguía implicando que el espacio no era una realidad ajena a la especie humana, pues el *Pnéuma* también se encuentra en el hombre.

GEOGRAFÍA Y ASTRONOMÍA

El hombre antiguo sabía que estaba condicionado por los factores climáticos, pero también por los fenómenos astronómicos⁵⁰. Los antiguos creyeron que los cuerpos celestes podían influir en la esfera humana⁵¹. Un pasaje del *Tetrabiblos* de Ptolomeo (II 3) refleja hasta qué punto se pensaba que estaba conectado lo que ocurría en el mundo humano con el movimiento de los astros. En otras palabras, la geografía también tuvo un idilio con la astrología y la astronomía. Fue esta fuerte convicción, la unidad de las esferas celeste y terrestre, lo que favoreció el desarrollo de la geografía astronómica⁵². Un tipo de geografía diferente a la geografía literaria, pero con la que coexistió en el tiempo. Sería un error pensar que la geografía matemática era incompatible con la literaria o que era mucho más «científica» que la literaria y, por lo tanto, más verídica. La geografía literaria tenía su propio sistema de verificación de datos, la autopsia, que, como hemos visto, se apoyaba en la experiencia (*empeiría*) para poder trabajar. La observación fue el mismo método que se empleó en la geografía matemática, y rara vez se recurrió a la comprobación o la experimentación como hiciese Eratóstenes. Además, estas distintas formas de hacer geografía podían encontrarse en un mismo autor, como Eratóstenes o Posidonio, que supiera combinar los relatos etnográficos con la observación de los astros.

Trabajos como los de Eudoxo de Cnido, Aristarco de Samos, Eratóstenes de Cirene, Hiparco de Nicea o Claudio Ptolomeo, apoyados en el estudio y en seguimiento de las estrellas,

50 SHAHAR, Y., *Josephus Geographicus: The Classical context of geography in Josephus (Texts & studies in Ancient Judaism)*, Tubinga 2004, p. 8.

51 Sobre este tema pueden consultarse los siguientes trabajos de PÉREZ JIMÉNEZ, A., «La tiranía de los astros sobre el cuerpo humano: Melotesia zodiacal», en *Pervivencia y actualidad de la cultura clásica*, Universidad de Granada 1996, p. 263-286; PÉREZ JIMÉNEZ, A., «La imagen celeste de la ecumene. Geografía zodiacal y planetaria», en *Los límites de la tierra: El espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid 1998, p. 177-219.

52 Sobre la geografía astronómica Cf. DICKS, D. R., *Early Greek Astronomy to Aristotle*, Londres 1970; NEUGEBAUER, O., *A History of Ancient Mathematical Astronomy*, Berlín-Heidelberg-Nueva York 1975; LLOYD, G. E. R., *Early Greek science: Thales to Aristotle*, Nueva York 1970.

desarrollaron la ciencia geográfica más que ningún otro método del mundo antiguo en algunos aspectos claves: la localización de lugares y la elaboración de cartas geográficas. De hecho, su afición por la observación astronómica, la geometría, las matemáticas y la cartografía hace que se pueda hablar con propiedad de la tradición cartográfica de Alejandría⁵³.

Aunque si la astronomía floreció en el período helenístico fue gracias a que se conocieron las observaciones que habían sido realizadas, anteriormente, por los babilonios. Trabajos que, paradójicamente, se realizaron con la creencia de que servían para conocer lo que tenía que ocurrirle a la humanidad mediante la adivinación. Lo cierto es que esta corriente de misticismo nunca fue completamente nueva para las matemáticas griegas, pues siempre estuvieron cargadas de religiosidad en sus orígenes, como en el caso de los pitagóricos. Esta fe ciega en las matemáticas tuvo la contrapartida de potenciar el pensamiento abstracto y teórico frente al empírico al considerar que se podía llegar a la verdad sin la verificación de la información por los sentidos⁵⁴.

En cualquier caso, la astronomía se convirtió en un elemento imprescindible para el geógrafo: «Por tanto el geógrafo debe confiar, en lo que se refiere a los principios, en los geómetras que han medido la Tierra entera, éstos a su vez en los astrónomos y éstos en los físicos» (ESTRABÓN II 5.2).

GEOGRAFÍA Y FILOSOFÍA

La filosofía fue de todas las ramas de la ciencia antigua la que más se esforzó por comprender el espacio y la posición que ocupaba el hombre en el mundo. Pero la relación del hombre con el medio no se limitaba a la filosofía ni a su mutua interrelación ni a su influencia en la forma de entender el tiempo. La ciencia occidental arranca cuando los primeros filósofos, como Tales de Mileto, Anaxímenes o Anaximandro, comenzaron a cuestionarse la realidad e intentaron comprender y encontrar la materia de la cual se componía el mundo. La filosofía enseñaba que el ser humano estaba compuesto de tierra (HIPÓLITO, *Ref.* i 14, 3), agua (ARISTÓTELES, *De Caelo* 294 B; *Metafísica* 983 B), fuego (CLEMENTE, *Strom.* v 104, 1; PLUTARCO 388D) y aire (DIÓGENES LAERCIO II 3; ARISTÓTELES, *Metafísica* 984 a; HIPÓLITO, *Ref.* i 7, 1). Esto implicaba que no sólo existía una interdependencia entre el hombre y el medio, la naturaleza y el ser humano eran una misma cosa, un único principio (*arché*). Conocer el espacio también implicaba conocer la esencia del hombre⁵⁵.

Curiosamente los impulsos o los retrocesos que sufrió la geografía antigua procedieron de las escuelas filosóficas más importantes. La escuela de Mileto, la escuela del Liceo, la estoica o la epicúrea fueron los centros más importantes del saber geográfico de la antigüedad. Hasta en la escuela socrática se habría enseñado geografía, si damos fe al satírico testimonio de Aristófanes (*Nubes* 203-220). Al carecer la geografía de un método propio fuera de la autopsia, el sistema filosófico de estas corrientes se encargó de dar una base teórica y unos fundamentos más sólidos para la comprensión del espacio. Sin embargo, por la ascendencia de la filosofía, se prefirieron siempre formas de especulación teóricas, antes que acudir a la experimentación o a la demostración.

53 JACOB, Ch., *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, Barcelona, Bellaterra 2008, p. 137-168.

54 LOT, F., *El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media*, Méjico 1956.

55 Sobre este tema puede consultarse la sugerente obra de GLACKEN, C. J., *Histoire de la pensée géographique. L'antiquité I*, París 2000.

Además, las escuelas filosóficas inventaron una nueva forma de hacer geografía que perduraría en el tiempo, la utopía o geografía mítica. En este género, se creaba un espacio artificial, nacido de la mezcla de diversos elementos propios del imaginario colectivo griego, como la Edad de Oro o el estado ideal. Pero, ante todo, era una forma de contraponer el espacio griego con el imaginario. La Atlántida de Platón, la Persia de Jenofonte o la India de Onesícrito son espacios imaginarios que recrean «un deber ser» antes que una realidad espacial concreta. El geógrafo/filósofo enfrenta a sus lectores con una sociedad diferente a la suya, con la doble intención de hacerles conocer otras realidades y que, al mismo tiempo, tomen conciencia de cómo es realmente su mundo y cómo podría ser.

Marina Sechi⁵⁶ afirma que la figura del filósofo antiguo no se corresponde a la imagen que tenemos del filósofo moderno y, aún menos, a la del geógrafo. La *polymatheía*, la amplitud de conocimientos, fue una característica común del sabio y del filósofo. El *polímatos* (el que sabe muchas cosas) fue el ideal buscado por todos los grandes pensadores de la antigüedad, y pocas veces alcanzado. La consecuencia fue que nunca existió una separación tajante entre las diversas disciplinas, y nunca se potenció de forma aislada ninguno de los numerosos campos que conformaban la geografía. Era sumamente difícil encontrar un hombre como Eratóstenes que pudiese ser llamado β , por ser el segundo en todo lo que hacía, pero era imposible encontrar una α , un especialista consumado en todos los saberes.

Aún así, la preocupación de la filosofía por las cuestiones geográficas fue una constante durante toda la antigüedad. Podría objetarse que la falta de límites claros entre una disciplina y otra no era exclusivamente una cualidad de la geografía antigua, sino que era algo propio de todas las demás ciencias. Hasta el punto que resultaba difícil distinguir al filósofo del matemático puro. Pero, paradójicamente, uno de los geógrafos más famosos de la antigüedad, Estrabón, fue más conocido por la posteridad como filósofo que como geógrafo (PLUTARCO, *Lúculo* 28.7; *César* 63.3). La filosofía nutrió a la geografía de una metodología y de un sistema de pensamiento ante la ausencia de uno propio que no fuera la autopsia. El precio a pagar por la geografía fue no poder evolucionar para convertirse en una materia con personalidad propia, renunciar lentamente a la autopsia, centrarse en realidades ficticias (utopías) y olvidar el espacio real y destacar la relación entre el ser humano y su entorno al mismo tiempo que se negaba a contemplarlo.

Tienen razón, por lo tanto, quienes dicen que la geografía antigua es literatura, pero tampoco se equivocan quienes la vinculan con la historia, la filosofía, la antropología, la religión o la mitología. La concepción del espacio influyó en estas disciplinas, pero a su vez los cambios y evoluciones experimentados en las mismas también lo hicieron en la geografía. Exactamente igual que el hombre influía en el medio y el medio en el hombre. Como consecuencia directa de su carácter hipermultidisciplinar, la geografía antigua evolucionaría a merced de los cambios sociales, los avances tecnológicos, las guerras o el cambio de las creencias religiosas, que fueron, y siguen siendo, factores que modifican la forma de entender el espacio.

TRADICIÓN Y CIENCIA

El otro caballo de batalla de este estudio, aunque nunca separado de la geografía, es el análisis y evolución de dos factores tan antagónicos, en apariencia, como son ciencia y tradición.

56 SECHI, M., *op. cit.*, p. 238-241.

Sería un grave error identificar ciencia antigua con la misma noción que se tiene de ella en la actualidad, pues careció de un método científico a la hora de comprobar la exactitud de sus razonamientos. Ni siquiera puede decirse que la experimentación sea una *conditio sine qua non* para poder hablar con propiedad de ciencia grecorromana, la profunda fisura social provocada por el esclavismo y la impronta de la filosofía trazaron una separación entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, creándose un ambiente en el que no podía florecer la ciencia experimental. De tal modo que, aunque una obra podía causar placer, no era infrecuente que se criticase al artesano (PLUTARCO, *Pericles* I 4).

Tampoco puede separarse tajantemente ciencia y arte, pues, como hemos dicho, *téchne* y *ars* eran palabras sinónimas. La ciencia no estuvo desligada de la literatura. Esto implicaba que compartiesen muchas de las características propias del género literario como la *mimesis* o la intertextualidad. La *mimesis* hace que el hombre de ciencia no tenga por qué cuestionarse el legado de la tradición en su totalidad. Un pensador del mundo antiguo podía valerse de la razón indistintamente para revisar la tradición (Eratóstenes crítico a Homero como geógrafo), como para defenderla (Crates, Polibio y Estrabón lo defendieron). Dicho de otro modo, la innovación no fue un elemento esencial de la literatura griega, y tampoco de la ciencia, de la sociedad y de la geografía antigua, puesto que la innovación descansa en la tradición⁵⁷. Debe desterrarse nuestra concepción moderna de la ciencia, en el sentido de que ésta es una *conditio sine qua non* para el progreso continuado de la sociedad y la transformación de la naturaleza. La ciencia nunca fue entendida de esta manera ni por los griegos ni por los romanos, y al no poder deslindarla de la filosofía estuvo inmersa principalmente en cuestiones morales o éticas antes que por el dominio de la naturaleza.

Por tradición entendemos el conjunto de normas, ritos, elementos culturales y sociales, que tienen que ser repetidos o aceptados por los individuos como contrapartida de su aceptación incuestionable como miembros de pleno derecho en una sociedad. Su naturaleza es oral, material y escrita, e incluso si hacemos caso a Marcel Mauss tiene un lado inconsciente y simbólico que reside en el lenguaje que la porta⁵⁸. La tradición tiene un espacio más amplio que el de la cultura, pues abarca todos los elementos en los que está la actividad humana⁵⁹. Es tan extensa y amplia que resulta imposible decir qué es costumbre en ella y qué es naturaleza. Además, puede admitir un número casi infinito de variaciones, siempre y cuando se observen los aspectos fundamentales de la misma. Por ejemplo, entre los practicantes de las grandes religiones monoteístas hay una gran variedad de formas de practicar el culto, que no impiden que sean considerados como verdaderos creyentes siempre y cuando no cuestionen el hecho de que Dios es uno. Festividades como las Navidades pueden ser celebradas de diversas formas (regalos antes o después de Noche Buena, Reyes Magos, Papa Noel, etc.) siempre y cuando se pasen en familia. Lo mismo puede decirse de la tradición geográfica clásica, hubo una serie de elementos que al autor le estaba permitido mutar por la naturaleza literaria del género (Cf. *Supra*. p. 18-21), pero había otros tan profundamente arraigados en su tradición que les resultaba inconcebible renunciar a ellos, como la existencia de límites en la tierra (Cf. *Infra*. p. 106-107). El núcleo de los mismos constituyó la verdadera esencia de la geografía antigua y de la tradición clásica.

57 SHIPLEY, G., *El mundo griego después de Alejandro*, Barcelona, Crítica 2001, p. 270.

58 MAUSS, M., *Techniques, technology and civilisation*, Durkheim Press 2006, 75ss.

59 Cf. GADAMER, H. G., «Tradition», *RGG* VI, Tübingen 3º ed. 1986 (1º ed. 1962) p. 966-986; GONZÁLEZ BLANCO, A., «La tradición, un tema fundamental en la vida de los hombres», en *La tradición en la Antigüedad Tardía. Antigüedad y Cristianismo* XIV 1997, p. 11-18.

No obstante, si la ciencia antigua hubiese tenido una naturaleza únicamente mimética y literaria difícilmente habrían podido producirse diferencias significativas respecto al pasado. La razón por la que no nos encontramos ante un proceso completamente «mimético» que impida que aparezcan avances, es la existencia de una segunda naturaleza en la ciencia griega, la agonal. Los ataques de un autor a otro fueron constantes a lo largo de la Grecia Clásica⁶⁰. Existió una competitividad manifiesta que llevaba en ocasiones a un autor a tildar las obras de sus antecesores como «mitos» (TUCÍDIDES I 21; ARISTÓTELES, *Reproducción de los animales* 756b) o «cuentos» (HECATEO, *fr.* 1; HERÓDOTO II 143; TUCÍDIDES VI 38). Incluso se llegaron a celebrar «agones» de muy diversa índole en los que el vencedor celebraba su triunfo sobre el vencido⁶¹. No era infrecuente que el alumno abandonase los preceptos de su maestro y fundase su propia escuela (Aristóteles; Zenón de Citio) convirtiéndose en el rival de su antiguo instructor.

La sociedad había generado y encumbrado unos modelos en cada ámbito que debían ser imitados y superados por aquellos que siguieran sus pasos. Homero era el modelo del poeta, Aquiles era el modelo del guerrero, Odiseo modelo de los múltiples formas de discurso, etc. Cada disciplina tenía un referente definido y cuando no se sabía a quién encumbrar se hacían listas, como las dedicadas a los dramaturgos (Esquilo, Sófocles y Eurípides), a los oradores (los 10 grandes oradores áticos) y a los pintores más ilustres (Zeuxis, Parrasio y Apeles). Individualizando consiguen definir mejor tanto al cargo como a la persona. El tener unos paradigmas tan claros tiene una consecuencia, tanto si se quiere como si no, cualquier persona que siga caminos parecidos a los mismos será asociado a ellos.

Pero no se conforman con emular. La propia sociedad invita a sobresalir y a destacar sobre estos referentes, pues no son estáticos en su número, se sobreentiende que cualquier individuo que atesore grandes cualidades puede convertirse en el «nuevo Aquiles», hasta la espera de que alguien ponga sus ojos en él y lo convierta en el modelo de sus críticas y de su mímesis. Alejandro fue «el nuevo Aquiles», «el nuevo Diónisos» y «el nuevo Heracles», antes de adquirir identidad propia y convertirse en Alejandro Magno, pero eso no fue hasta que pasó a entrar en el viejo juego de la emulación y rivalidad. Compitiendo con aquello que se quiere ser se termina siendo uno mismo, no sin antes ser igualmente imitado y superado por otros. Es en este espíritu agonal en el que se desarrollaron los primeros pasos de la ciencia griega.

Los desacuerdos respecto a la tradición no fueron un rasgo exclusivo de la sociedad griega, ni tampoco ajeno a las sociedades tradicionales. Lo verdaderamente llamativo es que mientras en las últimas se suelen enmascarar las discrepancias para reconciliar lo nuevo con lo viejo, en Grecia se destacan o se exageran, autopresentándose como los únicos estudios que contienen el saber verdadero. Lo curioso es que afirmen que su sabiduría procede de sí mismos⁶², cuando evidentemente no han sido ajenos a la tradición que han llegado a criticar directa o indirectamente con tanta vehemencia como conocimiento ¿Por qué se actuaba de forma tan contradictoria? Como suele ocurrir, las grandes incógnitas no pueden ser resueltas con una única respuesta:

60 HESÍODO, *Teogonía* 22-9 (Homero); JENÓFANES, *fr.* 11 (Homero y Hesíodo); HERÁCLITO, *fr.* 40 (Hesíodo; Hecateo; Pitágoras); PLATÓN, *República* 600c (Homero).

61 HESÍODO, *Certamen* 208-13 victoria sobre Homero; PLINIO XXXIV 53, Policeto victoria sobre Fidiás; HESÍODO, *fr.* 278; FERÉCIDES, *fr.* 95; SÓFOCLES, *fr.* 181, enfrentamiento entre Mopso y Calcante para ver quien era el mejor adivino. La mitología también nos ofrece ejemplos de esta competitividad entre hombres y dioses, como en los enfrentamientos Apolo vs Marsias y Atenea vs Aracne.

62 El sabio es definido como *autodídaktos* o *automathés*. La *Suda* dice que Pitágoras era autodidacta; DIÓGENES LAERCIO X 13, Epicuro no tuvo maestros.

1) Una moral agonal no es sorprendente en un pueblo belicoso que originariamente invadió Grecia. La épica es el género por antonomasia de los ideales de las élites militares y la *Ilíada* su máximo exponente en la antigua Grecia. En la misma puede verse cómo los hijos se ven impelidos por el recuerdo de sus padres a emprender actos heroicos (Diomedes siempre recuerda a Tideo IV 370-400) y cómo los padres esperan ser sobrepasados por sus hijos (VI 476-480). La *areté* es el ideal de esta sociedad militarizada. Definirla resulta sumamente complejo, palabras como virtud o como valor, le restan significado. Quizás la mejor definición sea la del propio Homero cuando dice que Fénix le enseñó a Aquiles «*a hablar bien y a realizar grandes hechos*» (IX 443). No basta con hablar de forma virtuosa hay que actuar de igual modo. Tanto si se procede como si no de un noble linaje debe de demostrarse continuamente. Se actúa de esta forma porque la *areté* no es algo que se tenga en posesión, se detenta cuando la comunidad y, sobre todo, el bardo que otorgan la gloria (*kléos*) reconocen sus hazañas⁶³. El medio por el que se consigue la gloria no puede ser más sencillo, es la lucha cuerpo a cuerpo entre los héroes. El sistema siempre es el mismo se presentan diciendo sus nombres e inmediatamente inician un combate donde uno de ellos obtiene la gloria y el otro la muerte. No se trata ni de un capricho ni de un ataque de individualismo ante el fin de la existencia, simplemente se entiende que la gloria será mayor si se conoce el nombre del adversario y se proclama el propio. De esta forma, los testigos presentes pueden conocer la identidad de la persona que está realizando una gesta y sobre quien la acomete. La hazaña tiene más posibilidades de pervivir en el tiempo e incluso el guerrero derrotado puede subsistir en la memoria colectiva como parte de las gestas de quien lo venció. Se crea cierto vínculo entre el vencedor y el vencido que rebasa los límites de una vida humana. De igual modo, hay cierta relación semejante entre el literato, el historiador, el geógrafo y sus fuentes. Suele presentarse al inicio de su obra para que su nombre no caiga en el olvido y muchas veces menciona a sus fuentes, no sólo como instrumento de verificación, sino como una forma de cantar sus méritos frente a su audiencia. Las críticas a sus fuentes resaltan sus logros como el combate épico. Esta animosidad beligerante persiste en los intelectuales griegos, que nunca olvidaron los modelos impuestos por la épica homérica. Daba igual si se escribía para las generaciones venideras o para sus coetáneos, la finalidad y los medios eran los mismos. Los pensamientos y las ideas deben de ser derrotados, nunca obviados y para ello deben ser expuestos, aunque no exentos de subjetividad, ante el oyente, para que él declare un vencedor, que sólo lo es momentáneamente, y un vencido que sobrevive, en parte, en la gloria del vencedor. ¡*Vae victis!*

2) Lo verdaderamente llamativo, como dijimos, era que los pensadores griegos se posicionen en primera persona frente al pretérito. Es frecuente verlos alardear de sus éxitos y contraponerlos a los errores de sus antecesores⁶⁴, como hemos visto el egotismo es un *leitmotiv* del pensamiento griego, pero parece trascender la esfera de la propia investigación para desbordar todas las facetas de la vida pública, ya sea el orador con el orador (Esquines y Demóstenes), el alumno con el maestro (Aristóteles y Platón), el padre con el hijo (Alejandro y Filippo), todos compiten entre sí buscando superarse y ganar la excelencia. No debería extrañarnos, al fin al cabo el paradigma científico no es más que el reflejo de una sociedad, si el enfrentamiento y la disputa dominan la investigación helena, también deben de estar presentes en la sociedad.

63 REDFIELD, J. M., *La tragedia de Héctor. Naturaleza y cultura en la Ilíada*, Barcelona, Ensayos/Destino 1992, p. 76-79.

64 HECATEO, fr. 1: «*Lo que aquí escribo es la crónica que creo cierta. Porque las historias que relatan los griegos son muchas y, en mi opinión, ridículas*».

No obstante, al contrario que en otras sociedades tradicionales en las que se asume que se preserva el legado, en Grecia no encontramos leyes semejantes a las orientales que castigasen con pena de muerte a quienes se desviaran de los textos médicos establecidos (DIODORO I 82.3). Los propios griegos eran conscientes de que su tradición era mucho más dinámica que la de otros pueblos hasta el punto de parecer niños (*Timeo* 22b) e incluso, autores foráneos podían resaltar este hecho como algo negativo: «*Todos estos pueblos habitan países que no están en modo alguno expuestos a los estragos de la atmósfera, y su gran preocupación fue no dejar en el olvido ninguno de los acontecimientos ocurridos entre ellos sino, antes bien, consagrarlos siempre mediante anales oficiales, obra de sus miembros más sabios. Al contrario, el país de los griegos sufrió mil catástrofes que borraron el recuerdo de los sucesos pasados*» (FLAVIO JOSEFO, *Contra Apión* I 9-10). Este hecho no puede explicarse únicamente por los motivos que Josefo expone. Frente a sociedades orales como los esquimales, para los que el cambio no existe, y la complejidad y multitud de otros sistemas de grafía orientales que imposibilitaban la extensión de su uso⁶⁵, los griegos gracias a la sencillez de su alfabeto podían tener constancia de la disparidad de criterios entre un autor y otro, y tener así una mayor memoria de su evolución cultural⁶⁶. Esto provocaba que la diversidad de opiniones existentes en la sociedad oral, que eran excluidas al intentar preservarse el pasado de forma homogénea, tuviesen un sistema para hacerse oír independientemente de la memoria colectiva. Por eso, podemos observar alteraciones y discrepancias en los valores vigentes. Además, al tener constancia de que el legado no era inalterable, sus recelos o temores a la hora de alterarlo debían de disminuir exponencialmente. Por lo que, en suma, el modelo agonal podría haber surgido por la sencillez del alfabeto griego.

3) La explicación más interesante de los últimos años fue dada por G. E. R. Lloyd⁶⁷, tras comparar el modelo científico griego y el chino concluyó que el motivo podía estar en el diferente papel que jugaron los estados de estas regiones a la hora de apoyar a los intelectuales. Los médicos, los adivinos y los maestros pronto fueron asimilados y mantenidos por la burocracia imperial china. Esto no sólo provocaba una mayor seguridad entre los sabios, sino que también afectaba al paradigma intelectual vigente, ya que si el estado apoyaba una idea o un sistema serían lógicamente aceptados por la totalidad de intelectuales que deseaban ingresar en la administración estatal. Una vez dentro no tienen ni la necesidad ni el interés de revisar los presupuestos teóricos vigentes, puesto que son las bases que legitiman su posición social. En la Hélade nunca existió algo semejante a un cargo estatal remunerado durante el período clásico⁶⁸, cada maestro tuvo que garantizarse por sí mismo su sustento, su éxito dependía de sus propias habilidades y de su capacidad para poder demostrarlas, para ello nada más fácil que hablar elogiosamente de sí mismos y en primera persona, mientras los errores de sus rivales eran expuestos ante eventuales clientes o discípulos. La rivalidad entre la escuela de Isócrates y la de Platón sería una manifestación de este problema. Esta circunstancia impondría un modelo

65 DETIENNE, M., *La invención de la mitología*, Barcelona, Península, 1985, p. 44.

66 GOODY, J., y WATT, I., «Las consecuencias de la cultura escrita», en *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Barcelona, Gedisa 2003: «...la escritura ofrece otra fuente posible para la transmisión de las orientaciones culturales, favorece la percepción de las incongruencias. Un aspecto de esto es una sensación de cambio y de desfase cultural; otro es la noción de que la herencia cultural en su conjunto se compone de dos tipos de materiales muy diferentes: por un lado de ficción, errores y superstición, y por otro, de algunas verdades que pueden servir de base para una explicación más confiable y coherente acerca de los dioses, el pasado humano y el mundo físico» (p. 58).

67 LLOYD, G. E. R., «Tradition and innovation, text and context», en *Revolutions of wisdom*, University of California Press 1987, p. 58-70.

68 PLATÓN, *República* 528c, criticaba el escaso apoyo que la ciudad daba a los historiadores.

de pensamiento agonal entre los pensadores griegos, que posibilitaría preservar determinados aspectos de la tradición sólo para ser criticados y refutados, lo cual nos pone en alerta sobre la fiabilidad de la información preservada. Al mismo tiempo, conforma una cadena ininterrumpida en la que el transmisor del pasado será igualmente vilipendiado por las generaciones futuras, preservando su obra al mismo tiempo que el transmisor se convierte en objetivo de los ataques de sus sucesores. El debate público fue una institución que pervivió a lo largo de la historia del pensamiento grecorromano, y, como es sabido, las instituciones tienen una gran capacidad para sobrevivir y una menor predisposición para el cambio. Dicho de otro modo, la crítica se convirtió en una tradición en sí misma, con una mayor pervivencia o autoridad que cualquier texto científico o religioso.

Hay una gran verdad tras la tesis de Lloyd, la institucionalización de la investigación suele provocar un estancamiento en la misma. Sin embargo, el apoyo del estado no siempre necesariamente tiene que ser un freno para el desarrollo científico, el propio Lloyd reconoce que gracias a los Ptolomeos los estudios anatómicos prosperaron en época helenística e incluso los funcionarios estatales chinos pudieron descubrir la supernova, algo que no pudieron hacer los griegos⁶⁹. No obstante, no explica por qué investigadores de *status* social acomodado muestran esta beligerancia, cuando lo lógico es que no se viesan impelidos a ello. Si es sólo una cuestión de prestigio y éxito profesional ¿qué necesidad hay de conocer lo dicho por pensadores de siglos atrás con los que ya no rivalizan? ¿Por qué no obviarlo? El espíritu agonal que envuelve a estos pensadores muchas veces parece trascender el tiempo y la lógica. Aristóteles al pasar revista a sus predecesores se remonta a varios siglos en el tiempo. La propia sociedad parece estar imbuida de este espíritu, como dice Hesíodo (*Trabajos y días* 25): «*el ceramista está celoso del ceramista, el artista del artista, el pobre envidia al pobre y el aedo al aedo*». La gran audiencia que se congregaba para asistir a duelos dialécticos, como los de Esquines y Demóstenes, demuestra que la sociedad gustaba de estos desafíos. No hay un debate público sin audiencia y los agones parecen haber sido el sistema idóneo para resolver enfrentamientos⁷⁰.

Pero también podemos encontrar casos en los que el autor niega rotundamente escribir con cualquier tipo de interés ¿Por qué Tucídides (I 22) rechaza que su obra tenga cualquier pretensión de cara al público cuando igualmente ha expuesto a otros historiadores a sus ataques? ¿Qué utilidad económica puede obtener un acomodado ex-estratega como Tucídides (V 26) escribiendo una revisión histórica de su pasado tras su desgracia? Si es sólo éxito o fama lo que busca ¿por qué recurrir al modelo crítico vigente si la obra está destinada a las generaciones futuras (I 22)? ¿Es posible para Tucídides y para cualquier otro autor participar en esta competición inconscientemente? Siguiendo esta idea, podríamos suponer que fuese un *tópos* y que el egotismo también sea un recurso utilizado por quienes no rivalizaban con otras escuelas o con otros médicos por conseguir clientes y alumnos, es decir, que no tuviera una finalidad práctica de forma exclusiva. De lo contrario, ¿cómo explicar que esta forma agonal de entender la tradición perviviese en autores del Bajo Imperio Romano que se limitaban a hacer trabajos más parecidos a compendios o escolios? (Cf. *Infra*. p. 334-335).

4) La autopsia. En apariencia lo que sustenta la crítica es haber visto, el tener experiencias

69 TERLULIANO, *Sobre el alma* 10; LLOYD, G. E. R., *Greek science after Aristotle*, Londres 1973, 75ss; LLOYD, G. E. R., «La comparación entre la ciencia griega y la china», en *DYNAMIS: Acta hispanica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam* 20, 2000, p. 496.

70 HERÓDOTO V 126-130, cuenta una competición entre los pretendientes de Agarista, hija de Clístenes de Sición, para dilucidar quién era el más digno de desposarla.

autópticas sobre lo que se escribe. Es por eso que se tiene que atestiguar lo que se dice. Haber vivido y visto algo era lo que habilitaba a un individuo para hablar de historia o de geografía. El astuto Odiseo es hábil en el engaño porque ha visto muchas cosas (*Odisea* I 2-3), y ha visto porque viajó mucho (*polytrops*). No obstante, el viajero no sólo viaja para ver, sino para obtener la legitimidad para criticar (Hecateo; Heródoto). Teniendo los verbos saber y ver la misma raíz, quedaba implícito para el más común de los griegos que ver era una forma de saber⁷¹, de ahí la paradoja de que el adivino sea tradicionalmente ciego (Tiresias) en la antigua Grecia. Aunque los sentidos estuvieron infravalorados en la antigüedad por las diferentes escuelas de pensamiento, lo normal era que se prefiriese la información que procedía de uno mismo. Heráclito lo ejemplifica muy bien cuando dice: «*Los ojos son testigos más fiables que los oídos*» (en POLIBIO XII 27. Cf. HERÓDOTO I 8). Jenófanes (*fr.* 34 y *fr.* 35) dice que para saber hay que haber visto y Aristóteles coincide al decir: «*Preferimos la vista a todo lo demás. El motivo de ello es que, entre todos los sentidos, la vista es el que nos hace adquirir más conocimientos y descubrir más diferencias*» (*Metafísica* 980a). En una sociedad oral, donde la tradición va de la boca al oído, solamente el hombre que ve por sí mismo se puede posicionar contra la costumbre. Por egoísmo el individuo está predispuesto a aceptar sus propias experiencias y a rechazar las que estén en contradicción. Los elementos de la costumbre o de la tradición que coinciden con las experiencias individuales son aceptados y los que entran en contradicción, revisados. Aunque es muy cierto que muchas veces resulta más cómodo aceptar lo dicho que revisarlo y que para que una opinión sobreviva tiene que ser aceptada no sólo por uno, sino por la mayoría de integrantes de la comunidad. La tradición es la suma de lo socialmente aceptado por la mayoría de los individuos y, pese a sus indudables similitudes, no hay dos individuos iguales, por eso no hay un patrón o ley universal que explique o pueda encorsetar el comportamiento del hombre.

Pero no parece ser simplemente una fijación por uno de los sentidos. Heráclito (*fr.* 129; *fr.* 40) decía sobre Pitágoras: «*Pitágoras, hijo de Mnesarco, practicó la investigación científica por encima de todos los hombres y, tras hacer una selección de estos escritos, se hizo su propia sabiduría, que fue, en realidad, diletantismo y extravagancia*». El saber de Pitágoras consistía simplemente en seleccionar y explotar, de un modo muy personal, las habilidades que encontraba en otros, su *sophía* (sabiduría) era falsa, puesto que descansaba en su plurisciencia (*Polymatheía*). No era realmente sabio porque no había visto por sí mismo. La información oral sólo es un instrumento idóneo cuando no es posible ver por uno mismo o cuando está sustentada por testimonios oculares⁷². La erudición no es un verdadero saber para los primeros griegos, mientras que posteriormente se encumbraría a auténticos polímatos, como Eratóstenes y Posidonio, como modelos del sabio. Salvo excepciones, tales como grupos marginales como los órficos, nadie entendía que el saber estuviese en la escritura⁷³.

Incluso la inspiración del hombre poseído por los dioses (*éntheos*) se asemeja a la autopsia en el sentido de que, pese a la mediación divina, brota en el interior de la persona. Inspirado por la musa, Homero «ve» ambos bandos como si fuese Zeus que está en las alturas, y emplea frecuentemente la expresión ver con sus propios ojos (autopsia) para dar mayor validez al testimonio. El hecho de que la tradición griega se haya configurado por mediación de una serie

71 VERNANT, J-P., *El hombre griego*, Madrid, Alianza 1991: «*Ver y saber son la misma cosa. Si ideín «ver» y eidenai «saber» son dos formas de un mismo verbo, si «eidos» «apariciencia» «aspecto visible» significa también carácter propio, forma inteligible, es porque el conocimiento se interpreta y se expresa a través del mundo de la visión*» (p. 22).

72 HARTOG, Fr., *El espejo de Heródoto*, Méjico, FCE 2003, 254ss.

73 DETIENNE, M., *La escritura de Orfeo*, Barcelona, Península 1990, p. 91.

de personas que entraban en comunicación directa con las deidades puede haber potenciado el conocimiento interiorizado frente al heredado. En ambos casos tanto el hombre inspirado por la musa como el conocedor a través de sus ojos declaraban ser «*autodíaktos*»⁷⁴. La verdad nunca proviene ni de terceros ni de la erudición, sino del propio sujeto, aunque sea por medio de los dioses o de los ojos. Aunque, como hemos expuesto, la vista tiene deficiencias cuando estudia el espacio global que no puede ser abarcado por completo con una mirada, por lo que se tiene que cubrir ese vacío con otras fuentes de información.

Estos elementos estudiados conjuntamente no sólo nos pueden ayudar a entender el origen de la animosidad que imperó en la ciencia griega, también son factores importantes para explicar su estancamiento o su falta de originalidad durante varios siglos.

¿TRADICIÓN DINÁMICA O INMOVILISTA?

Es una pregunta ineludible una vez que hemos descrito el paradigma científico griego y la sociedad como agonales. ¿Una tradición agonal es dinámica?

En Grecia no existió un canon o libro sagrado que contuviese todo cuanto había que saber, de hecho no existieron maestros de la verdad del modo que los hubo en otras culturas. Incluso los que se presentaron como defensores de la tradición más reconocible, los poemas homéricos, no tuvieron problemas en leerlos de forma exegética y reinterpretarlos (Crates). De esta forma la tradición se renovaba, pero al mismo tiempo seguía siendo la misma en sus aspectos más básicos, pues, pese a todos los cambios y alteraciones que puede realizar un autor, Homero seguía siendo Homero. Ciertamente es que nunca se va a decir lo mismo y tampoco se tendrá la misma concepción del mundo en un geógrafo y en otro, pero si todo su discurso cambiase por completo, dejaría de ser Homero. En consecuencia, hay una parte en la tradición que no puede ser alterada para que pueda ser llamada propiamente como tal, ya que cambios bruscos en una cultura originan que sus miembros hablen de decadencia. Esta idea está intrínsecamente unida a la idealización de la tradición, a la añoranza de una utópica Edad de Oro en la que las costumbres de los mayores (*mores maiorum*) eran respetadas: la tradición primigenia antes de que se produjese el primer relevo generacional. Cada vez que una sociedad siente que se aparta de las pautas de conducta fijadas por el pasado entona el mísero lamento de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Esa es la señal para que se inicien los primeros intentos por transformar radicalmente el legado cultural o por preservarlo. La crisis, como afirma Kuhn⁷⁵, es el caldo de cultivo más idóneo para intentar alterar el paradigma que rige una sociedad, puesto que la ciencia, en modo alguno, es un proceso acumulativo, sino una evolución continua que avanza por la confrontación de teorías y de argumentos, que suelen acabar con una radicalización de las posturas o con cambios.

Las élites que detentan el dominio de la memoria colectiva serán las encargadas de controlar este proceso de transmisión. Pero, independientemente de si es una tradición agonal o no lo es, las clases privilegiadas intentan que cambie lo menos posible, puesto que su *status* social viene determinado por la misma. Para conservarlo potenciaron instituciones de control y represión como el ostracismo y la *asebeía*. La aparición de estas instituciones es la evidencia del inicio de intentos radicales por alterar la tradición. (cf. p. 122).

No obstante, no debemos dejarnos llevar por las apariencias, pues no siempre que un autor

74 HOMERO, *Odisea* XXII 347.

75 KUHN, T. S., *La estructura de las revoluciones científicas*, Méjico, FCE 2004.

se posiciona respecto al pretérito tiene una actitud de confrontación real. Todos los autores del mundo antiguo, hasta el peor de los compiladores, presenta su obra como algo completamente nuevo respecto a la tradición, y sin embargo, suelen depender de ella más de lo que reconocen. Debido al carácter agonístico, intertextual y mimético de la literatura antigua, no debe sorprendernos que el autor que más se critique sea aquél que más se dependa. Un autor como Estrabón, que criticó ferozmente a Eratóstenes, no lo hizo porque infravalorase su obra, sino porque quería adaptar lo dicho por Eratóstenes al saber de su época. En este sentido, aunque puede parecer que un autor ataque la tradición, no hace más que seguirla y cuando parece que la imita, simplemente considera que la adapta. Cuando el espíritu agonal decaiga, las críticas se convertirán en un *tópos* que enmascararán la dependencia respecto al pasado.

Por otra parte, hemos dicho que el conocimiento autóptico tuvo preponderancia frente al oral. Sin embargo, el empleo de la autopsia no descartaba la fabulación desproporcionada. Un buen ejemplo lo encontramos en Ctesias de Cnido, el primer autor que escribió sobre la India. Con casi toda certeza, éste nunca viajó a la India. Sin embargo, los geógrafos de Alejandro prefirieron seguir lo escrito por este autor, pese a que ellos sí que estuvieron en la zona y habrían podido descartar sus historias. La razón que explica este hecho reside en que la gran mayoría no fueron profesionales versados en el cultivo de las letras, por lo que a la hora de narrar sus vivencias fueron más proclives a dejarse influir por el pretérito, pero también es debido a que la tradición es el elemento verificador de la ciencia en la antigüedad. Lo cual nos demuestra que la tradición tenía un gran peso y que no podía ser olvidada, con o sin autopsia. A la hora de la verdad, cuando las dos entraban en enfrentamiento directo, la autopsia perdía peso y el paradigma del pasado tenía tanta importancia como la nueva información que podía ser obtenida por la observación. La razón es simple, la tradición es el principio de legitimación y de verificación de cuanto se dice o se escribe en el presente ante la ausencia de un sistema de verificación en la ciencia antigua. Ir contra ella en su totalidad implicaba carecer por completo de credibilidad. Lo habitual era criticar una parte del discurso del pasado y no toda, pues algo completamente nuevo resultaría incomprensible e incluso, increíble. Es más, la verdadera innovación es mal vista. Tradicionalmente los cambios sociales son vistos con desagrado y los innovadores y revolucionarios siempre son mirados con desconfianza: Salustio (*Conjuración de Catilina* XXXVII 3) ataca a Catilina al temer la *res novae* que éste traía consigo; *Neoterismos* es empleado por Flavio Josefo como una sublevación contra las tradiciones religiosas y la política nacional; el tribuno Dolabela es despreciado por Plutarco (*Antonio* 9.1) por querer introducir novedades; Filóstrato (*VA*, V 36) a través de Apolonio de Tiana, dice que el deber de un buen *basileús* es proteger a sus súbditos de *tois neótera prattousi*; *La Historia Augusta* critica a los egipcios por ser amigos de *novarum rerum*; Amiano Marcelino (XXI 10.8) denigra a Constantino el Grande por ser «*revolucionario y destructor de las leyes antiguas y de las costumbres tradicionales*»; Juan de Lido (*mag.* II 19), refiriéndose a Domiciano, dijo que lo propio de la tiranía es innovar⁷⁶.

El pasado es el elemento que sustenta la innovación. Esto implica que para ser creíble y poder avanzar, el pensador del mundo antiguo debe construir necesariamente sobre los cimientos de la tradición. En su obra *Uso y abuso de la historia*, M. I. Finley estudia varios episodios (las reformas de Solón, las de Eduardo el Confesor, el New Deal, etc.) en los que un cambio radical en el presente consigue sobrevivir y perpetuarse gracias a la falsificación del pasado.

76 Sobre este tema puede consultarse el interesante trabajo de Lellia Cracco Ruggini, «Arcaismo e conservatorismo, innovazione e rinnovamento (IV-V Secolo)», en *Le trasformazioni della cultura nella tarda antichità*, I, Roma 1985, p. 133-156.

Este empleo de la memoria colectiva posibilita que el rechazo ante algo nuevo sea menor, y que las reformas tengan mayor posibilidad de perpetuarse. Permite que estas ideas o tendencias que originariamente fueron socialmente criticadas y hasta perseguidas sean más fácilmente integradas en la comunidad. Con el paso del tiempo pasarán a formar parte, lenta e inexorablemente, de la tradición que ellos mismos habían inútilmente combatido. Lo nuevo se convierte en viejo casi tan rápido como nace.

El presente no sólo se apoya en el pasado por una cuestión de propaganda o de falsificación. Hay un profundo motivo psicológico, lo nuevo produce angustia, la tradición produce seguridad. Pero, también hay una cuestión cognitiva de por medio, lo novedoso se entiende mejor si puede encontrar un paralelo en el pasado. De este modo, resulta que innovación y tradición interactúan entre sí en su mutuo beneficio. La innovación consigue salir adelante mediante su asociación con el pretérito. La tradición consigue sobrevivir al mitigar el poder revolucionario de lo nuevo y hacerlo formar parte del legado cultural de una sociedad. Por lo que no es sorprendente que dos sucesos vitales en la ampliación del conocimiento del mundo como fueron las colonizaciones griegas o la conquista de Asia, no conllevaran una ruptura radical con las viejas historias que se contaban; es más, muchas de ellas pervivieron durante siglos.

Ahora bien, tras un hecho similar como fueron las exploraciones hispano-portuguesas del XV-XVI sí que se produjo una verdadera revolución en la concepción del espacio. Estas diferencias no pueden achacarse a la aparición y desarrollo del moderno método científico, pues no sería hasta finales de siglo XVI y a lo largo del XVII cuando comenzase a gestarse su desarrollo. Ni siquiera podemos decir que en la historia de la ciencia, sea algo poco común que ante una misma circunstancia pueda producirse reacciones completamente diferentes. Si hacemos caso a un estudioso como Italo Lana y vinculamos la paz con el desarrollo científico, podemos objetar que un período demasiado estable puede desembocar en la autocomplacencia y en el estancamiento de una cultura. El Imperio Romano del siglo II d.C. es un buen ejemplo. Si hacemos caso a Lucio Russo, la guerra debería ser un factor clave para explicar la decadencia de la ciencia helenística y la de cualquier época. Pero sabemos que períodos de necesidad pueden agudizar el ingenio y la inventiva humana tanto como los períodos en los que la paz prospera. No hay que olvidar que muchas innovaciones tecnológicas de gran importancia se desarrollaron durante las Guerras Mundiales. La sociedad griega, en general, no tuvo menos inventiva durante sus turbulentas luchas sociales, que durante los breves períodos en los que reinó la paz. La naturaleza del estado tampoco puede verse como un obstáculo para el desarrollo de la ciencia, pues la sociedad abierta se presenta como un ambiente tan idóneo como una dictadura para estimular la imaginación del investigador y del intelectual.

Es difícil hablar de innovación tal y como la entendemos hoy en día, de una ruptura o revolución como la del XVI-XVII, en el sentido de que las categorías mentales de la antigüedad podían ser criticadas, pero como no estaban olvidadas, nunca perdían su vigor. Los dioses de Homero podían ser atacados, pero la crítica continuada demuestra que no eran alterados. En este sentido hay que decir que pese a su propia predisposición a revisar su legado cultural los griegos tenían poco éxito a la hora de alterarlo. De igual modo, también es inapropiado hablar de decadencia de la forma en que la entendemos hoy en día. En opinión de Ben-David el concepto es una categoría moderna trasladada al mundo antiguo⁷⁷. El crecimiento autosostenido que ha experimentado la ciencia moderna es una excepción, y es esta excepción la que merece una

77 BEN-DAVID, J., *El papel de los científicos en la sociedad, un estudio comparativo*, México 1974.

reflexión más profunda. La ciencia antigua podía tener momentos de apogeo y estancamiento de forma intermitente. No obstante, en nuestra opinión desde el siglo III a.C., no hubo aportaciones científicas significativas. Es más, la cosmovisión fue básicamente la misma desde fines del siglo IV a.C. Teniendo en cuenta la profunda relación entre la geografía y las diferentes ramas del saber (Cf. *Supra*. p. 18-32), sería lógico suponer que los cambios en las últimas quedasen reflejados en la primera. Nuestra concepción del tiempo y del espacio evolucionó radicalmente tras teorías tan importantes como la relatividad de Einstein. De igual modo, los grandes descubrimientos geográficos pueden ser un acicate para la ciencia al potenciar el conocimiento empírico frente al erudito (Cf. *Infra*. p. 435-436). Sin embargo, las grandes ampliaciones territoriales de los grecorromanos no supusieron una transformación del modelo etnográfico, que, prácticamente, siguió siendo igual desde Heródoto de Halicarnaso. Si hubo algún avance fue cuantitativo no cualitativo. Tampoco encontramos nuevas teorías que modificasen la concepción espacio-temporal hasta el triunfo del cristianismo, pero no tan radicalmente como frecuentemente suele decirse, pues la esfericidad nunca fue olvidada por los pensadores cristianos.

La ausencia de una evolución importante entre el siglo III a.C. y el IV d.C. es lo que nos lleva a hablar de estancamiento o decadencia, pese a las necesarias matizaciones que conllevan estas palabras. En nuestra opinión la razón habría residido en la progresiva sustitución de la autopsia por el saber escrito. Cuando la cultura escrita se impuso frente a la oral el espíritu agonal desapareció lentamente, sobreviviendo únicamente como un *tópos* literario en la tardoantigüedad. El indicio que revela esta decadencia reside en la progresiva pérdida de vigor de la autopsia entre los geógrafos griegos y en el fortalecimiento de la autoridad que emana de los libros. El egotismo estará presente, pero no será más que un triste recuerdo de la tradición agonal griega. Los autores siguen disintiendo entre sí, pero en la mayoría de los casos sólo encontramos variaciones sobre temas ya fijados. No se abren nuevas líneas de investigación, se reflexiona continuamente sobre el pasado.

No es que identifiquemos exclusivamente el cambio con las sociedades orales. No hay duda de que la alteración de la tradición es más fácil cuando ésta no ha sido fijada y que la memoria no tiene la misma fuerza para preservarse que la escritura, puesto que ésta puede objetivar el habla y transmitirse a través del espacio y mantenerse a través del tiempo. Levi-Strauss⁷⁸ llamó nuestra atención sobre la falta absoluta de grandes innovaciones tras el descubrimiento de la escritura, y la consideró como un instrumento destinado a preservar la tradición. La tradición oral muta y cambia ante su propia incapacidad para ser duradera, pero carece de memoria para recordar sus propias transformaciones. Sin embargo, una sociedad como la griega que no era en absoluto ágrafa, mostró una versatilidad para reescribir su tradición que seguramente no habría tenido sin la ayuda de textos. J. Goody ha defendido en sus trabajos que el hecho de poner por escrito los conocimientos acumulados del pasado habría propiciado una actitud crítica respecto a los mismos al ser conscientes los autores de su evolución.

Tampoco debemos pensar que son dos ámbitos excluyentes, oralidad y escritura pueden convivir, como ha mostrado E. A. Havelock⁷⁹, en una misma cultura, ya que originariamente la escritura fue una ayuda para la memoria y no una sustituta de ésta. Pese a la simplicidad del alfabeto, no hubo una transformación realmente significativa hasta los tiempos de Platón. Diálogos como el *Fedro* muestran esta confrontación entre cultura oral y escrita en los siglos

78 LEVI-STRAUSS, C., *Tristes trópicos*, Buenos Aires, Eudeba 1970, p. 295-296.

79 HAVELOCK, E. A., *La musa aprende a escribir*, Barcelona, Paidós 1996: «*La musa nunca se convirtió en la amante abandonada de Grecia. Aprendió a leer y escribir mientras continuaba cantando*» (p. 45).

V-IV. La oralidad y la escritura pueden ser contextos igualmente dinámicos que estáticos para el desarrollo de una cultura. Los poetas griegos, con un público predominantemente oral, tuvieron una mayor vinculación con los mitos tradicionales que sus colegas que escribían en prosa, sin embargo, eso no les impidió alterar los mitos si así lo consideraban (PÍNDARO, *Olímpica* I), mientras que muchos prosistas, como Heródoto, leían en público sus obras. El libro, en un primer momento, parece haber sido un instrumento más propio de la oralidad, al ser leído comúnmente en voz alta por un esclavo. Hay que recordar las envidiables capacidades mnemotécnicas de los atenienses, que pudieron paliar su triste destino, la esclavitud en las canteras de Sicilia, al ser capaces de recitar de memoria versos de Eurípides (PLUTARCO, *Nicias* 29.3-4).

Ahora bien, lo que sí es cierto es que la intervención y el poder del estado cambian sustancialmente la posibilidad de que la tradición fuese fijada y perdiera su dinamismo. Desde finales del V y a lo largo del IV la palabra escrita gana terreno frente a la palabra hablada, la prueba es que es en ese momento cuando se crean los primeros archivos en las *póleis*. Cuando el estado interviene y fija un paradigma por escrito la innovación es más difícil. Una cultura donde el paradigma cultural ha sido fijado y definido por escrito por las autoridades estatales es más inmovilista, pero también es más universal, al quedar establecido, y es más fácil que pueda expandirse más allá de los marcos espaciales a los que se circunscribe esa cultura. Esto es lo que defendemos que ocurrió en el período helenístico y en el Alto Imperio Romano. La tradición griega fue fijada y posteriormente asumida por las élites romanas. Si la cultura no evoluciona al mismo ritmo que la sociedad puede producirse una verdadera «ruptura» entre las necesidades de los hombres que componen esa sociedad y los patrones culturales que disponen para satisfacer a las mismas. La evidencia que muestra la aparición de la ruptura es la eclosión de una cultura popular. Por popular no nos referimos a un fenómeno cultural de baja extracción social y de escasa calidad, sino una alternativa al paradigma impuesto por las élites. La comedia nueva, la novela, la magia, el misticismo y el ascetismo serían ejemplos de cultura popular, que reflejarían el cambio de valores y gustos de la sociedad, al ser alternativas a la idiosincrasia imperante.

Finalmente cuando la involución se ha completado, la concepción del espacio queda igualmente estancada, siendo imposible alterar la visión del mundo o sus errores, pese a haber tenido oportunidades para hacerlo. La geografía romana fue esencialmente la misma geografía helenística.

Por tanto, la geografía antigua como ciencia debe de ser estudiada recordando siempre su fuerte impronta literaria y su relación con la tradición, teniendo presente que es uno de los elementos fundamentales en la configuración de la cosmovisión. El objetivo de este trabajo de investigación es estudiar las principales personalidades de la geografía antigua desde esta perspectiva, poniendo en relación las transformaciones experimentadas por la geografía con los de la sociedad de su tiempo. Viendo en la geografía un verdadero indicador de esos fenómenos de inmovilismo, cambio y ruptura que hemos mencionado. Una buena piedra de toque para analizar las causas que llevaron al declive de la ciencia antigua, puesto que si la ciencia es hija de su tiempo y lo que diferencia a unas determinadas escuelas de otras es su forma de entender el cosmos, podemos decir que la ciencia evolucionará cuando cambie la visión del mundo, y cuando esto ocurra la geografía hará lo propio. Si la ciencia se estanca, la geografía le seguirá en su decadencia.

